

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica

1925

Lunes 21 de Diciembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Vasconcelos y Chocano*, por Gabriela Mistral.—*La tragedia Elmore-Santos Chocano*, por José de J. Núñez y Domínguez.—*En el sepelio de Elmore*.—*Cuento de Navidad*, por Carmen Lyra.—*La obra de Manuel Sanguily*, por Enrique Gay Calbó.—*Nuevas ideas sobre las mareas*, por Charles Nordmann.—*Página lírica de Alberto Masferrer*.—*El hombre y el perro*, por Blanca Milanés.—*Tres cartas de Elmore*.

Vasconcelos y Chocano

POR

GABRIELA MISTRAL

No conozco en detalle el artículo de Chocano contra Vasconcelos, causa de la desgracia ocurrida en Lima. Pero se afirma en varios telegramas que el ilustre poeta peruano ha llamado «farsante» al educador de México.

Vasconcelos es hombre discutidísimo; tiene algo así como un millón de enemigos. El ataque contra él es cosa cotidiana en su patria: muchos adjetivos al rojo blanco le han sido aplicados; pero he aquí uno perfectamente inusitado: este de «farsante».

Hay que hacer primero descargos en favor de Chocano. Cuando abandonó México, Vasconcelos no había comenzado la obra educacional que lo transformara más tarde en una figura americana. Chocano conoció al guerrillero de la libertad, poco diferenciado entre los demás rebeldes. Ha debido, sin embargo, leer en innumerables revistas y cotidianos reseñas sobre la reforma educacional, (tan cosa suya, como su sangre y sus huesos). ¿Por qué no se ha hecho en él como en los mejores el respeto, y aún la veneración, de este formidable civilizador?

Acaso ha pensado que se trata de una de esas reputaciones hechas por gacetilleros más o menos asalariados.

No se trataba de eso, y esta vez la fama no ha hinchado con aire sus carrillos.

Yo que tengo algún derecho a ser creída por el hombre ilustre del Perú, quiero decirle que don José Vasconcelos tiene una obra tan inatacable por el tiempo como la de Bello, a quien se sigue llamando el educador del continente, pero más preñada de sentido humano que la del gramático, una obra que toca las orillas de lo *bolivariano*, por creadora y radiante de generosidad racial.

Más de alguno dirá que mi defensa

del mexicano no tiene validez, porque le debo grandes servicios.

Al que esto dijera le contesto que los servicios me obligan, en el orden sentimental, y los devuelvo con cariño, nunca con juicios que vuelquen la verdad.

Si Chocano dijera verdades, yo guardaría el silencio decoroso a que obliga la evidencia, y asistiría al espectáculo de la polémica solamente con el corazón apretado de pena.

No; no es ese el caso; mi estimación del educador mexicano es mayor que mi afecto y se mueve en aire más libre que el de la gratitud.

Vasconcelos recogió la obra de los misioneros españoles, abandonada ciento cincuenta años, en favor de la redención del indio. Ha sembrado como de un millón de encinas la sierra, y el desierto, de escuelas y bibliotecas. No sólo ha socorrido a la raza olvidada con el libro, sino con la herramienta agrícola, con el banco del carpintero, con el cinematógrafo, con la asistencia social, en sus escuelas agrarias y en sus misiones mixtas, de enfermeras y maestros.

El resplandor de este ejemplo salta como los fuegos anunciadores de las colinas griegas a los países con problema indígena, y se le imita en Colombia, en Centro América, en el Ecuador.

Vasconcelos ha levantado en la Ciudad de los Palacios, como llaman a su capital, seis u ocho bibliotecas y escuelas monumentales, como sólo la Argentina ha sabido construir en nuestro desgraciado continente.

Ahí están: son piedra, ladrillo y

cemento, y no se las destruye con artículos.

Ha hecho la única empresa editorial en grande que conocen nuestros países para anegar de libro barato su territorio, divulgando a los maestros de todos los tiempos, desde Platón a Romain Rolland.

Hizo la segunda dignificación del maestro en raza española (la primera es la de Sarmiento), dándoles no sólo sueldos, sino participación superior en la vida ciudadana, y el «Día del Maestro», en México, es una fecha tan solemne como la efemérides nacional.

En cada una de sus faenas Vasconcelos ha trabajado para la raza entera, hecho que le ha sido reconocido hasta por España; y en esta época de nacionalismos, o suicidas o viles, aparece como un generoso extraño que desorienta por la norma superior.

Quiero repetir—porque este es el sitio—un juicio de Romain Rolland sobre Vasconcelos: «Me parece lo más grande que Uds. tienen en la América, y yo querría escribir su vida entre las de mis hombres heroicos».

La acción que le ha creado más enemigos es su guerra declarada a estas dos cosas: la tiranía y la anarquía en los países americanos. Ha escrito discursos y artículos contra el señor Gómez y el señor Leguía, no mirando en ellos otra cosa que obstáculos a su ideal de democracia con libertad, es decir, a su ideal anti-comunista.

Se ha solido disminuir lo heroico de su faena civilizadora de México anotando que contó con grandes recursos. Indudablemente los tuvo: a manos llenas hizo la dotación de sus escuelas el Presidente Obregón, y por primera vez en la historia de nues-

tros países un presupuesto de educación superó al norteamericano.

Hombre pobre de solemnidad, no podía él, como un Carnegie, crear instituciones a costa suya. Pero acaso sea ésta la única vez que el oro de las Indias, el pobre oro nuestro, insensato, sustentador de gollerías, se ha puesto al servicio de los intereses superiores de un pueblo.

La reputación de Vasconcelos, empujando como un río del trópico troncos de críticas y establo de Augías de intereses, se ha extendido por la América. No la empuja la catapulta oficial sino los brazos blancos de la juventud, y este hombre ha recibido honras como ésta, superior a una apoteosis romana: los estudiantes de Colombia, del Perú, de Centro América y creo que aún de la Argentina, lo han proclamado su maestro.

¡Farsante no! Farsante es aquel que ha poblado el aire de palabras; el que ha prometido a la Vida sin cumplirle nunca; el ideólogo que nunca ha hecho crujir la realidad entre sus puños; el político común hispano-americano, que ha realizado patrias en discursos, dejándolas en su misma infelicidad. Este Vasconcelos, que en su ministerio de cuatro años fecundó de actos cada día y que hasta obró en exceso por esa *como pasión suya de Génesis*, puede ser otras cosas: un vehemente, un «apresurado de Dios», nunca un «farsante».

La violencia

Pero si yo tengo hacia el educador mexicano una verdadera veneración, y hacia Chocano una vieja amistad admirativa (que su desgracia de hoy no desata), no comulgo con la violencia de los artículos que han cambiado entre ellos y que fragmentariamente conozco.

Siento repulsión por la violencia que es la mitad de la idiosincracia americana. Somos pueblos que viven en la violencia política, en la procacidad periodística, en la cólera cotidiana.

La cólera es una cosa plebeya por fácil, plebeya como la glotonería, espontánea e inferior como el miedo. No hay en ella, aunque la tuvieran los profetas, una gota de espíritu. Es puro hervor de sangre. Una es la indignación, levantamiento interior contra el mal, y otra es la ira, que echa a rodar el denuesto como piedras por una pendiente, insensatamente.

Un recuerdo próximo me viene a la memoria: entre los periódicos que suelo recibir, me llega uno que no quiero nombrar, órgano intelectual de una ciudad pequeña hispano-americana. Desde el editorial hasta la crónica estaba hecho con injuria y por

si eso fuese poco, había insultos en la sección de avisos económicos...

Eso revela un sistema de violencia, una norma de odio profesional. El desenfreno de la palabra ha traído la restricción de la libertad de imprenta en el Brasil y en otras partes y la mente más libre llega a dudar delante de las disposiciones restrictivas, porque si la libertad llega a parecerse a la Gorgona que decía Carlyle, no es cosa de amarla como a una madre.

Algo ha debido quedar en Vasconcelos y Chocano del guerrillero. Quienes conocemos la generosidad sencillamente fabulosa del primero, sabemos que esto es algo sobrepuesto en él, la costra de viejas heridas; se la excusamos por la actitud de rebeldía que ha sostenido 20 años; pero a la vez queremos ver libre de frenesí al hombre que nos sustenta con sus pensamientos.

Elmore

Yo sé poco de Edwin Elmore: que era en el Perú uno de los guías de la juventud universitaria; que trabajaba con el grupo hispanófilo de Buenos Aires, por la unión de la América Española, que era joven y puro.

Ahora ha caído por defender en Lima el nombre de Vasconcelos, su maestro. Pocas veces un discípulo ha dado tanto al hombre de quien le vino doctrina.

Y entre el muerto y el vivo, el primero defensor de mi propio maestro y el segundo a quien seguiré llamando siempre amigo, porque su desgracia no mata su obra, yo siento la misma sacudida de piedad desesperada. Me acuerdo, para ser piadosa, de las sombrías palabras de Oscar Wilde en la *Balada de la Cárcel*: «Porque nadie sabe hasta qué rojo infierno puede bajar su alma en un solo instante». Ese rojo instante se abrió ayer sobre José Santos Chocano, y no hay que decir a este hombre ninguna conminación inútil porque ninguna subirá más alto que el reproche de su propia alma.

Ojalá, en esta llamarada de dolor, no sólo los que arden adentro, sino también los demás, seamos purificados, purificados de la violencia demoníaca que hace crujir los propios huesos y rompe las cosas mejores en el bajo relieve del mundo.

Noble el mozo que hizo el gesto, tan escaso entre los mezquinos, de defender al que está lejos y que ni siquiera es de su sangre. Pero hay que repetir con Gandhi, el santo, que con ira no se defiende a Dios ni a los hombres, ni se endereza cosa alguna: con ira se dilatan los grados del mal hasta lo infinito.

La desgracia mayor en este suceso es el abismo que en un momento se ha hecho entre el gran poeta y la juventud hispano-americana, que es toda vasconceliana y que lo es para siempre. Y es desgracia grande, pues el poeta del Perú le pertenecía como hombre representativo también de la raza. Ahora, misericordia. Nada de frenesíes que, como la piedra que dije, echada a rodar desde la altura, maten en el valle otro inocente. *Uno* solo es el Dueño del severo Juicio.

(De *El Mercurio*,
Santiago de Chile).

Busque el número próximo: trae una interesantísima carta-defensa de Leopoldo Lugones para Brenes Mesén, a propósito del artículo de éste publicado en el N. 4 del "Repertorio", tomo en curso, con el título de "El gobierno de los mejores".

La tragedia Elmore-Santos Chocano

PROFUNDA sensación causó en México, y, seguramente en toda la América hispana, la tragedia que acaba de desarrollarse en la ciudad de Lima, entre el poeta José Santos Chocano y el escritor Edwin Elmore.

En México ha repercutido el hecho con singulares resonancias, no sólo porque el poeta de *Alma América* ha vivido durante algún tiempo en esta República y porque, según asientan las noticias cablegráficas, el sangriento episodio de que fué teatro el edificio del gran diario *El Comercio*, de la capital del Perú, tuvo su origen en un escrito del Lic. don José Vasconcelos, ex-Secretario de Educación Pública en el Gabinete del General Alvaro Obregón.

Como lo saben bien los lectores, el Lic. Vasconcelos residió una larga temporada en Lima, en donde supo captarse las simpatías de la clase estudiantil; simpatías que se acrecentaron cuando desde el Ministerio en que se hallaba, desarrolló su programa de acercamiento intelectual con los países del Sur. Sus doctrinas revolucionarias y filosóficas eran y son acogidas con gran entusiasmo por la juventud universitaria del Perú, al grado de que por allá se le da el título de «Maestro de las juventudes libres indoamericanas». Con el Lic. Vasconcelos comparte la popularidad estudiantil en Lima el señor Lic. don Antonio Caso, a quien los estudian-

tes reputan como uno de los conductores espirituales de las nuevas generaciones.

Los periódicos y revistas más avanzados que cristalizan las inquietudes de la juventud peruana, reproducen constantemente cuanto escribe el Lic. Vasconcelos, y hasta se han hecho ediciones de sus artículos, (una de las cuales se intitula *Ideario de Acción* y tiene como prefacio un artículo aparecido en *El Universal* de México), que se venden a precio ínfimo para que lleguen a todas las manos.

Por todo ello se comprenderá las apasionadas controversias que se han de haber suscitado entre los elementos intelectuales de Lima, con motivo de la publicación de una carta dirigida por el señor Lic. Vasconcelos a los estudiantes de Trujillo y en la cual les aconseja ceder los territorios de Tacna y Arica a la República de Chile, a fin de que cese para siempre el llamado Conflicto del Pacífico. Hablar de estas cosas y en este sentido en los actuales momentos en el Perú, es arrojar una bomba de dinamita en la hoguera patriótica en que arde la antigua tierra de los Incas. Y como Santos Chocano, cual todo buen peruano, no ha omitido esfuerzo alguno para sostener el derecho de su patria al territorio disputado, dando conferencias en los teatros de Lima y del Callao, publicando artículos en la prensa, etc., de ahí que se desarrollara la sangrienta tragedia en que perdió la vida Edwin Elmore.¹

No es nuestro objeto entrar en mayores disquisiciones acerca de los móviles del lamentable suceso. Tanto Santos Chocano como el occiso, han merecido siempre nuestra efusiva admiración y nuestro amistoso respeto. Sólo deseamos en este artículo dar a conocer a los lectores mexicanos quién era Edwin Elmore y lo que representaba en la literatura peruana y en el desenvolvimiento literario de la América en general.

Edwin Elmore, en plena fuerza de vida y actividad, pertenecía al grupo de «los nuevos», en ese brillante grupo en que sobresalen los poetas José Gálvez y Alberto J. Ureta y al cual antecedieron figuras de tanto prestigio como los hermanos García Calderón, José de la Riva Agüero y don Clemente Palma.

1. Entre los escritos publicados últimamente por Santos Chocano, se encuentra el intitulado *Cómo debe realizarse el plebiscito de Tacna y Arica*, en que el poeta de *Fiat Lux* hace una exposición clara y patriótica del conflicto con Chile, con muy atinadas observaciones al alcance de todas las inteligencias. El escrito, que insertó *El Comercio* de Lima, contiene como proemio una curiosa relación de los movimientos revolucionarios de América que ha presenciado Santos Chocano.

Hijo de su tiempo, Edwin Elmore se presentó en la palestra literaria con el volumen intitulado *El Esfuerzo Civilizador en el Perú y otros ensayos*, publicado en 1922. Escritor de combate, polemista vigoroso y ensayista de fino estilo, sus campañas han propendido siempre a la realización del sueño de Bolívar para una confederación hispano-americana, no obstante que en la prensa de su país ha sostenido campañas acerca de tópicos sociales como la que condensó en su folleto *En Torno al Militarismo*, publicado en 1920. Antes también Elmore había dado a las prensas un *Informe sobre la Fiesta de la Raza*, en 1917 y un estudio *Sobre el españolismo de Rodó*, en 1919.

Como arriba decimos, las tendencias de Elmore se dirigían al estrechamiento de los lazos espirituales de los pueblos latinos del Continente, concretando su pensamiento en la gran idea de la celebración de un «Congreso de intelectuales» de todas las Naciones hispano-americanas. Este congreso de intelectuales debía reunirse en próxima fecha en la ciudad de la Habana y sus miembros irían a él con carácter particular y sin conexión oficial ninguna.

Las últimas actividades de Elmore se concretaron en la realización de este pensamiento que expuso clara y valientemente en el folleto intitulado *El Nuevo Ayacucho* que publicó en Lima el año de 1924*. A mediados de ese mismo año Elmore hizo un viaje a Europa para explorar la opinión de los intelectuales españoles e hispano-americanos que allá residen respecto al congreso que proyectaba. Según una carta que Elmore dirigió a un periodista cubano¹ pudo obtener la anuencia de don Miguel de Unamuno y de Ortega y Gasset, quienes le aplaudieron la idea, además de todos los escritores hispano-americanos que la conocieron.

Su punto de vista respecto a las nuevas generaciones peruanas, está condensado en las siguientes líneas: «Los peruanos de hoy hemos adquirido el sentido de los ideales civilizadores que en nuestra época enamoran a los corazones nobles; y pese a esas condiciones de nuestro temperamento tan bien observadas por Dora Mayer, no quedaremos rezagados en la marcha triunfal que ya tienen iniciada sus más avanzados propulsores. Sabemos que—como lo ha dicho con su clarividencia de siempre Eugenio d'Ors—«nuestro si-

* Véase tal trabajo en los Nos. 18 y 19 del REPERTORIO AMERICANO, tomo IX.

¹ Véanse tales cartas, porque son dos, (a Roig de Leuchsenrig) en los Nos. 6, 11 y 24 del REPERTORIO AMERICANO, tomo X.

glo anda grávido de un mensaje del espíritu, que no ha librado todavía»; sabemos que nuestro siglo tiene una misión que cumplir. Y aún sabemos más: sabemos que la misión de nuestro siglo se cumplirá con nuestro esfuerzo».

«...Los jóvenes que hoy pensamos en el Perú sabemos muy bien quienes son los culpables del vergonzoso atraso cultural e institucional que ha estado a punto de frustrar por completo nuestro desarrollo armónico. Sabemos cómo y por qué se han agostado miserablemente en nuestra tierra las más bellas flores de la inteligencia, medrando en cambio lujuriosamente una flora rastrera, parasitaria y ponzoñosa de charlatanes y farsantes».

En cuanto a nuestro país, Elmore siempre manifestó vivas simpatías hacia él. He aquí lo que expresó relativamente a nuestra patria: «Ya para nadie es nuevo lo que significa el verbo rotundo e imponente del pueblo de Anáhuac en el libérrimo y abierto parlamento de los nuevos ideales de América. México, la patria de Benito Juárez, el pueblo que con Servando de Teresa fué de los primeros en reconocer la trascendencia de la misión boliviana, ha dado el paso inicial y decisivo. México ha asumido con una generación potente de hombres nuevos, la responsabilidad gloriosa de los ideales de hoy, condigno fruto de las semillas de Bolívar. La voz de Vasconcelos ha llenado de ecos la vastedad del Continente en menos de una década. Ya le escucha, como escuchara un día al lírico Rubén, el Cazador del Norte. A la obra de los mexicanos débese que dos mujeres de las nuestras adquieran un valor continental: Elena Landázuri, la Jane Adams mexicana, y Gabriela Mistral, la ejemplar preceptora cristiana y poetisa egregia que ha producido la tierra donde vertiera su simiente generosa el generoso Bello.

»A la actual generación de mexicanos se debe el renacimiento de la altivez y de la dignidad en la política hispanoamericana. México le ha puesto veto al Dollar Imperial y corruptor; México le ha lanzado un no rotundo al poder de Inglaterra; México ha demostrado a los países todos de nuestra América que puede hablar en tono magistral e imponente a las más grandes potencias de la tierra, y que han llegado los días en que «por nuestra raza hablará el Espíritu».

»Entre otros, Frank Tannenbaum, un yanquí de los que nos quieren, lo acaba de reconocer diciendo: *To know Mexico is almost a moral obligation*».

Como se ve por lo anterior y co-

mo lo expresamos al principio, Elmore era un admirador decidido del señor Vasconcelos, lo que hace adivinar que en la polémica que se desarrolló entre él y el poeta Santos Chocano, Elmore se debe haber puesto de parte del ex-Ministro mexicano.

Apasionado de lo que él llamaba la «nueva gran cruzada americana», Elmore, aprovechando la estancia en Lima de numerosos intelectuales hispanoamericanos, entre los cuales se contaba el que escribe estas líneas, durante las fiestas del Centenario de Ayacucho, convocó a todos éstos a una reunión informal que se celebró en el salón de fiestas del suntuoso Hotel «Bolívar», con el objeto de exponerles de viva voz su proyecto del Congreso de Intelectuales. No se llevó a efecto ninguna otra reunión, pero ello bastó para arrojar la semilla en el surco y para que los concurrentes se dieran cuenta de que Elmore era un hombre de gran dinamismo, verboso, de amplia cultura y de ostensible don de gentes.

Elmore figuraba como miembro del Comité Directivo de la famosa revista limeña *Mercurio Peruano*, en la que se ha agrupado la joven intelectualidad del Perú.

JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ

(*El Universal*, México, D. F.)

En el sepelio de Elmore

Discurso del Dr. Mariano Iberico Rodríguez, en nombre de la revista Mercurio Peruano:

Señores:

En nombre del grupo intelectual que trabaja en *Mercurio Peruano* vengo a dar el último adiós a Edwin Elmore, compañero irremplazable de entusiasmo y de esfuerzo, en quien se unieron de modo admirable los dones de una inteligencia toda vitalidad e inquietud a los impulsos elevados de un noble corazón.

La personalidad de Elmore se definió en todo momento por la pureza absoluta de su fervor espiritual. Ajeno a todo interés circunstancial, a todo cálculo egoísta, Elmore puso sus juveniles energías al servicio de una nueva esperanza, y supo afirmarla y defenderla con entereza y altura excepcionales. Sus libros, sus ensayos y artículos están llenos de rica ideología, y su vida de ese optimismo comunicativo e indestructible que es preclaro atributo de las almas profundas y apostólicas.

Cuando en la historia de nuestra cultura se haga el examen de esta hora de ansiedad y de crisis, la contribución de Edwin Elmore habrá de consagrarse como una de las más significativas y fecundas, ya que pocos como él entre nosotros afirmaron una fe tan robusta en la eficacia de los ideales

y en el triunfo final de la libertad y del bien.

La juventud lo comprendió así y por eso le seguía. Y todos los que de cerca o de lejos pudieron conocerle, rodearonle de simpatía por la cordial generosidad de su persona y de respeto por el significado moral de su acción.

Y ahora estamos aquí, frente a su tumba.

A su tumba que se abre en medio al estu-
por indecible de todos. Y ahora estamos
aquí para decirle que su fe en la vida no
fué vana, pues esta angustia unánime que
se condensa en un tremendo silencio, es la
vida en cuyo seno se ha incorporado y per-
durará de modo indestructible la influencia
ejemplar de su recuerdo.

(*El Comercio*, Lima).

Cuento de Navidad

—(De *Las Fantasías* de Juan Silvestre)—

UN cuento de Navidad?

Y el recuerdo del relato escuchado hace mucho tiempo, cuando yo era un chiquillo, se desentumece en mi memoria.

Es una relación sencilla, tan sencilla como un trocito de muselina blanca, y no sé por qué, mi imaginación cree percibir la tristeza a través de su trama sin complicaciones, tan distintamente como veía la luna.

Quien la narrara me pareció—visto desde mis siete años—un hombre viejo, mas hoy desde mis sesenta me parece joven.

Fué en la sala de mi casa paterna, una víspera de Navidad. Cierro los ojos y la cabeza del narrador inclinada con abatimiento, surge de las sombras. Era un rostro moreno, pálido, de nariz aguileña, sonrisa sin alas y mirada triste. Sin duda era más joven que mi padre; sin embargo su cabello estaba encanecido, mientras que el de aquél se conservaba negro. Hablaba con acento suave y hondo.

Desde la profundidad en que yace esa época lejana, sube la voz doliente de aquel hombre cuyo nombre he olvidado:

—Vivíamos en el campo, lejos del poblado.

Era el día de Navidad. En la tarde mis hermanitos y yo estuvimos con algunos amigos de la villa y nos confiamos emocionados nuestras ilusiones sobre las maravillas que el Niño-Dios nos dejaría bajo de la almohada.

Al volver al hogar éramos como potranquillos en cuyas crines la Esperanza hubiese prendido su campanita de plata. La alegría que nos llenaba y que rebozaba por ojos y boca, lo iluminó todo y el hogar pobre y triste fué para nuestra fantasía un lugar resplandeciente y alborozado. No vimos abatido el rostro de nuestra madre, sino jubiloso, y sus besos nos supieron a promesas de inefables dichas.

Al acostarnos, pedimos a Dios por el padre ausente y el vacío que él había dejado en el hogar no maltrató nuestros corazones como de costum-

bre. En el umbral de cada uno de nosotros, la ilusión velaba y su canción sin palabras ahuyentaba los Dolores. Cuando mi madre apagó la luz no lo echamos de ver: la visión del Niño-Dios con su saco repleto de juguetes, era un sol que nos deslumbraba.

Envidiamos a los chiquillos de la ciudad: a ellos les tocarían los mejores presentes, no cabía duda.

Me arrebujé bien y experimenté un gran bienestar entre mi lecho tibio, mientras fuera el viento fuerte de diciembre con sus crueles rachas de silampa, pasaba azotando los árboles y estremeciendo la casa.

Mis hermanitos se durmieron. En la habitación contigua mi madre dejó de suspirar: seguramente el sueño también la había rendido.

Sólo yo estaba en vigilia. Al aquietarse el viento, percibía la respiración acompasada de mis hermanitos y el ruido de un ratoncillo al roer la madera. Yo me preguntaba sino era dentro de mí en donde roía esa bestezuela traviesa e inquieta.

La impaciencia correteaba por mi cuerpo, cantaba y me hacía cosquillas.

Por las maderas entreabiertas de la ventana deslizó su silencioso encanto un rayo de luna. Entonces la idea del Niño Jesús en marcha por los caminos, con su preciosa carga a la espalda, se precisó en mí. Quizá en ese momento atravesaría el puente que hay entre el pueblo y nuestra casa. Tal vez habría puesto el saco en el parapeto para descansar y estaría inclinado mirando correr las aguas plateadas y rumorosas. ¿No tendría miedo? ¿No lo llenarían de pavor las sombras que acechan de noche en los caminos?

¿Y qué nos traería? ¿Qué habría metido en su saco para mí?

El escalofrío de la dicha que se acerca, recorrió mi piel.

De pronto me asaltó una idea egoísta: mi cama era la más alejada de la puerta, quedaba en el rincón más oscuro de la pieza... Pudiera ser que el Niño entrara y dejara los mejores juguetes a mis hermanos y para mí

sería el último, algo muy feo: un caballo cojo, una caja de música con la cuerda rota... También podría acontecer que no me viera o que cuando se diera cuenta de mí, ya no tuviese nada. Mejor sería ir a situarme en el corredor de la entrada.

Y la visión de Jesús, solito por los caminos, desafiando frío y miedo por ir a dejar juguetes a todos los niños, me dió ánimo.

Levantéme muy quedo, envuelto en las ropas de la cama; cargado con mi almohada, salí de la habitación sin que ni aun el cariño materno me sintiese y fuí a acostarme en el corredor, atravesado en el umbral de la puerta. Así el Niño no podía entrar sin tropezar conmigo.

Titiritaba de frío y de miedo. Entre el viento iban voces cavernosas, sollozos, gemidos, carcajadas. Sobre las copas de los árboles asomaba la luna menguante, amarillenta, sobre un cielo empañado. Bajo los follajes danzaban sombras misteriosas. Cuando una ráfaga de garúa caía sobre el pavimento de madera del corredor, era como si arrojaran puñados de semillas menuditas y espinosas, algunas de las cuales me maltrataban la cara y las manos.

Me envolví la cabeza en la sábana para no mirar a mi alrededor.

En el fondo de mi ser, la ilusión me alentaba con su canción de oro.

Si me hubiesen preguntado lo que deseaba dejara el Niño Jesús en mi almohada, no habría podido decirlo. Si alguien hubiera cristalizado en el juguete más raro y precioso la idea vaga y misteriosa que flotaba en mi imaginación, el encanto se habría roto. ¿Qué traería para mí en el divino saco? El ignorarlo me sumía en una deliciosa sensación inefable.

La impaciencia el frío y el miedo se fueron apaciguando...

Vi al niño subir la pendiente en cuya cima estaba nuestra casa. Recogía para no tropezar su túnica morada y yo distinguía perfectamente sus piecitos blancos que levantaban el polvo al caminar. El resplandor escintilaba sobre su cabeza. También en su boca escintilaba una sonrisa. No tenía el cabello ensortijado como en las láminas, sino lacio y le cubría las orejas como a mi hermano Juan de Dios.

Los pollitos de mamá que el día anterior rompieran el cascarón, le salieron al encuentro; él puso a un lado su saco y los levantó en sus manos y los besó.

Por un agujero del saco salió rodando la bola de hule destinada a mi hermanito menor y rodó por la

pendiente. Jesús silbó, y de entre unos matorrales salió *Mechudo*, el perrito que se nos muriera el mes pasado, y los dos corrieron tras la fugitiva. Yo reía a carcajadas...

Desperté ¡Por fin era de día! La ilusión despertó también y saltó impaciente entre mi corazón. Con mano trémula quité la sábana que me cubría la cara y miré anheloso...

Sobre mi cuerpo, en la almohada, en torno mío había tan sólo montones de hojas secas que el viento trajo hasta allí...

Fué como el presagio de la vida futura—añadió, y se quedó silencioso.

CARMEN LYRA

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

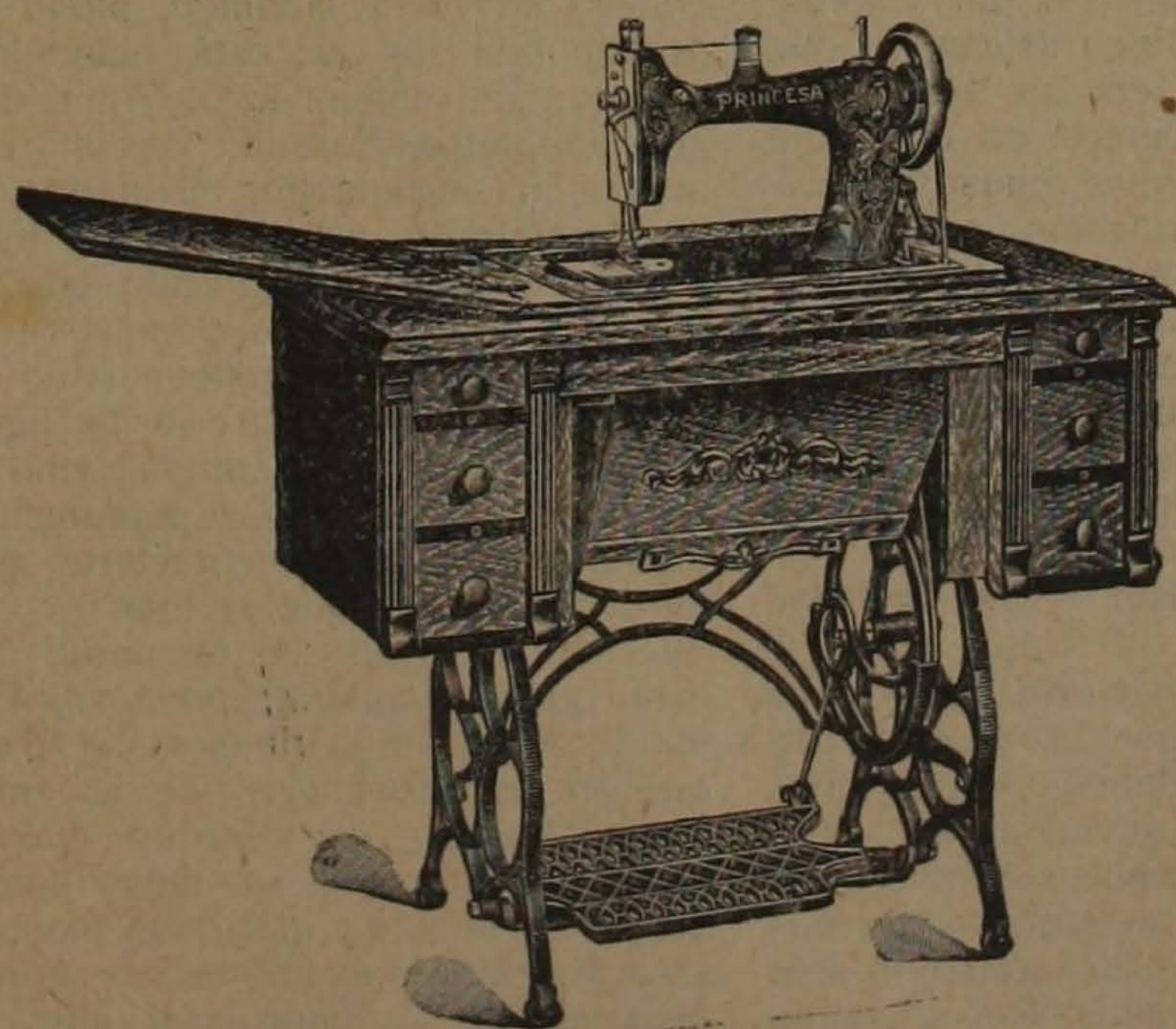
Dirección y Administración: LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

MAQUINAS DE COSER "PRINCESA"



Más fuerte, simple y mejor acabada

SE VENDE CON GRANDES
FACILIDADES DE PAGO

THE NATIONAL SEWING MACHINE Co.

REPUESTOS, AGUJAS Y CORREAS
SIEMPRE A LA ORDEN

J. P. ARANGO & COMPANY

1

HACE muy poco apareció el primer volumen de las obras de Sanguily, publicado por el afecto filial en una corta edición no agotada a estas horas.

El gran cubano dedicó algún tiempo, de sus últimos meses atormentados por la enfermedad, a preparar los originales de sus obras completas en que los hombres futuros apreciaran toda la magnitud de su esfuerzo por la cultura y por la Patria. Sólo pudo fijar un plan, que el hijo cariñoso ha de seguir, si éste y los tomos sucesivos van facilitando los recursos para tal empresa. La muerte detuvo al trabajador de toda la vida, inmovilizó aquella mano febril, apagó aquel cerebro que fué durante más de cincuenta años foco de luz generosa y útil, y rompió los propósitos del enérgico sembrador de ideales.

Yo no tuve la suerte de encontrarme entre los privilegiados que oyeron las arengas de don Manuel Sanguily. Pero en la intimidad pude oírlo varias veces. Porque a don Manuel se le oía. Nada más que se le oía. Era irreverente hablarle, y a veces era imposible. Cuando nos visitaba en la redacción de *Cuba Contemporánea* veíamos algo como un ventanal abierto sobre las más estupendas hazañas de la historia, por el que entraban a raudales la filosofía, la literatura y la crítica. Hablaba por espacio de horas, y sin trabajo aparente iba dejando adivinar la grandeza de su saber, la firmeza de su memoria y el rigor de su juicio. Los conocimientos surgían dóciles a su voluntad, como de reciente adquisición o como si esperaran sumisos el mandato del dueño imperioso; los recuerdos, esa manera de conocer y de amar, se hacían tangibles ante la evocación de aquella palabra majestuosa y serena. Y hablaba, hablaba de cosas que para sus oyentes de esas tardes significaban mucho. Allí conocimos episodios magnos de la manigua y la emigración, y recibimos la visión de muchos hombres ilustres, al través de su temperamento nervioso y apasionado. Y allí aprendimos a quererlos quienes como yo habían llegado al grupo de sus amigos un poco tarde, cuando sólo humeaban ya en la lejanía los rescoldos de los incendios, y cuando se disipaba en la memoria el ruido de las tempestades.

Algunas de las siluetas y figuras de este libro pasaron ante nosotros.

Gustaba de la evocación. Sin embargo, pronto volvía la cara al presente, y su voz clara, dúctil, vivaz, ponía severos comentarios al suceso último, a la novela de tal autor, a la

La obra de Manuel Sanguily

orientación literaria o filosófica del día. Era el maestro que levantaba su cátedra al encontrarse con público amigo; era como un director espiritual que tenía noción de su deber y lo realizaba, y marcaba a los discípulos con toda sencillez rumbos de elevada moral. Don Manuel Sanguily, grandilocuente, soberbio, artífice fecundo en metáforas, e hipérboles cuando llegaba a la tribuna, era en las pláticas cordiales un buen camarada, aunque, en él, algo superior imponía el respeto y señalaba los límites de la intimidad y la franqueza. Ese algo era la pura magnificencia legendaria de su vida.

Los que nacen ahora, los que no pudieron conocerle, disfrutarán su obra, admirarán su historia, tersamente contada por el hijo en las páginas iniciales de este volumen primero. Porque sin haber dejado en las cuartillas lo mejor, lo más brillante lo maravilloso—pues eso lo vivió—, todo lo que ha legado es bueno y merece el amor de sus conciudadanos. Y los hombres de hoy podrán unir la verdad de aquel talento múltiple con la leyenda de sus rebeldías y sus arrogancias. Saldrá entonces sublime en la veneración cubana, aunque no tanto como era en la realidad, el Manuel Sanguily de la epopeya, el que se enfrentó adolescente con un Capitán General para pedirle justicia, el que cruzó los mares en un bote para irse a buscar la muerte en el campo revolucionario, el que rehusó el ejercicio de una profesión que podía enriquecerlo, por no jurar fidelidad a España, el que desafió la pobreza, los peligros y la iracundia de los gobernantes españoles en la ardiente propaganda separatista, hecha en los días febriles de la conspiración, en medio de las mayores incertidumbres, pero con entusiasmo, con decisión, con heroísmo.

Estas *Nobles memorias* son otras conversaciones que el muerto nos envía desde su silencio ya definitivo. Yo he leído con devoción las páginas trazadas al impulso de un emocionado sentimiento patriótico, escritas entre lágrimas que lucharán por salir de los ojos acorados. Recogido en medio de la muchedumbre, en dos tardes grises y lluviosas, he visto el panorama que don Manuel Sanguily nos muestra, que es como un panteón de cubanos insignes, y en mi cerebro, en mi memoria, en mi conmovida imaginación, se han reno-

vado las fiestas espirituales de otros días, a la hora suave del atardecer, en que él nos hizo personalmente la gracia de evocar algunas de estas vidas.

Sagradas son estas memorias, que nos dicen con angustia y con dolor cómo han sido muchos de los precursores; sagradas memorias que ofrendó a su pueblo en ejemplar herencia otro de los grandes, para que su pueblo ame en los próceres la nobleza de la vida y aspire a ver fructificar en su ruta las semillas de tan magnífica enseñanza.

2

Esta primera obra de Sanguily es toda ella una lamentación. Tiene perfecta unidad. Parece pensada de una sola vez. El tema es siempre el mismo: la muerte de un cubano, de un cubano que tuvo vida noble, que se llamó José Antonio Cortina, o Miguel Figueroa, o Manuel de la Cruz, o Ignacio Agramonte, o Francisco Vicente Aguilera.

Vivió muchas existencias don Manuel Sanguily: como revolucionario, como escritor, como hombre público. En cada una de ellas fué un observador. Y en el transcurso de los años iban cayendo los amigos que lucharon junto a él en cualquiera de los campos en que le tocó actuar. Así fué la historia de todos los hombres de vida prolongada e intensa. Por eso tiene el volumen editado recientemente la característica de una lamentación.

Pero no es el lacrimoso pueril del pseudo cronista que está obligado a llenar unas columnas de periódico en necrología llorona. Es la recia impresión causada por la muerte de un compatriota en el espíritu indomable del ciudadano nacido con vigor para todas las contiendas.

El autor graba en relieve, o en estatua ya única, el rostro o la figura completa. No es miniaturista, sino un verdadero escultor. La personalidad queda plasmada con caracteres propios, con rasgos que se fijan de modo indeleble en la memoria. Ahí está, vivo, magistral, precioso, Fernando Arizti, el «virtuoso» del piano que en las postrimerías de la enfermedad traidora se mira un día los dedos temeroso de un nuevo ataque de parálisis, y se dirige al piano y toca de manera asombrosa en la más inspirada de las improvisaciones. Joven, dichoso, asediado por todas las venturas, las de la riqueza, el talento, la felicidad, la popularidad, la nobleza del alma, admiramos a José Antonio Cortina, el que, «tuvo amigos porque él supo serlo», el que libertó a sus esclavos, el que «siempre tuvo au-

3

dacia bastante para ser temido y sinceridad bastante para ser respetado». Y queremos a Miguel Figueró, el orador maravilloso que pudo electrizar con su palabra a una generación de cubanos en que vivieron los más elocuentes tribunos de nuestras contiendas por las libertades. Miguel Figueró llena, él solo, un capítulo del pasado de Cuba. «Fué sin duda patriota de elevadas miras, orador incomparable, la encarnación simpática de la protesta romántica, sincera, movable y a la vez permanente del pueblo cubano, su aliento, su intérprete, su verbo prodigioso». Y aumenta la veneración que todos sentimos por Francisco Vicente Aguilera el homenaje de Sanguily a su memoria, en que resplandece con todos sus atributos el carácter de uno de los fundadores de la Patria. Y vemos con ojos llenos de cariño a José de Armas y Cárdenas, el erudito, el historiador, el periodista que murió cuando aún no disfrutaba de la tranquilidad perseguida durante largos años para escribir las obras de su ilusión.

Terminado el libro, el lector se siente más cubano, más orgulloso, de las glorias que en otros tiempos alcanzaron para Cuba los que Sanguily elogia y despidió en *Nobles memorias*.

Porque esa fué la cualidad predominante en el gran desaparecido: el amor a la patria. Toda su vida estuvo consagrada en ofrenda a la Patria. Por ella adquirió cultura, que facilitaba sus medios de combate, por ella sacrificó su juventud en la primera Revolución, y los días mejores de su edad viril; y para ella fueron siempre sus anhelos, sus iniciativas, su esfuerzo de escritor y tribuno, de propagandista y maestro.

Yo veo en *Nobles memorias*, primordialmente, el resultado de un cubanismo sin intermitencias ni altibajos, un cubanismo que se mantuvo en todos los tiempos al mismo nivel de pureza y de arrogancia. Don Manuel Sanguily, hidalgo, severo, lleno de ciencia y de valor, dijo cuanto quería decir, y lo dijo en cubano. Jamás utilizó como instrumento un suceso mezquino o una discrepancia entre compatriotas. En las páginas que dedica a Francisco Vicente Aguilera, a Nicolás Azcárate, a Ramón Roa, tuvo la oportunidad para hurgar en pasadas luchas de la historia nacional, que todavía son muy recientes para que no las disvirtúa la pasión o el entusiasmo. No lo hizo, y aunque es lamentable haber perdido la verdad relatada por él, o más bien: su verdad, debemos admirar esa disposición del que aspiró únicamente a servir con abnegación los ideales de libertad y cultura de su pueblo.

Hay en *Nobles memorias* varias notas pequeñas que tienen significación para los escritores. Son las que hablan de Julián del Casal, de Manuel de la Cruz, de Nicolás Heredia. Entra en ese grupo también la extensa y emocionada en que Sanguily expone la personalidad de José de Armas y Cárdenas. Es la parte de los literatos.

La historia de Cuba muestra a los que se introducen en sus selvas y bosques una diversidad de aspectos propios, de hechos peculiares y de hombres sin precedentes.

Desconocido del pasado por nosotros mismos, cada vez que se ensancha o aclara el horizonte nos sentiremos maravillados ante la realidad, ante la excelsitud de esos hombres y de esos acontecimientos.

Cuba ha contribuido con la gloria de dos poetas a la revolución de la lírica castellana: José Martí y Julián del Casal, que fueron los cubanos precursores del movimiento renovador. Uno de ellos fué algo más que poeta: llegó a Héroe. El otro cumplió su deber de artista, y hoy lo incluyen todos en el corto número de los elegidos. El propio Sanguily elogia en Casal más al «hombre manso y sonriente siempre», aunque no deja de reconocer que sintió invencible repugnancia por la vulgaridad «y se esforzó a veces por colocarse a gran distancia de ella». No da, sin embargo, una impresión de lo que fué Julián de Casal como artífice del verso.

Más emocionada aún es la página de exaltación ante la muerte de Manuel de la Cruz. Y también es poco. Sanguily sufrió el dolor de aquella desaparición brusca y lamentó la terrible pérdida para la patria. No tuvo tiempo para pensar que había muerto un gran escritor, uno de los pocos grandes escritores de la América de entonces. Sintió únicamente que bajaba a la tierra un patriota incansable, uno que «también se había arrojado piadosamente ante el ara y en ella ofrendado, de una vez, cuanto tenía, cuanto le era caro: su familia, sus tres hijos pequeños; haciendo la formal promesa de bregar hasta el fin, de consagrar a la magna empresa su corazón, su inteligencia, todas sus poderosas energías».

El hijo de Manuel de la Cruz está publicando también, como el de Sanguily, las obras de su padre. Los cuatro volúmenes aparecidos hasta ahora prueban la importancia de una labor hecha sin reposo, sin tranquilidad espiritual, sin que las necesidades materiales de la vida permitieran la serena lectura o la instrucción magnífica de los viajes. Esos cuatro vo-

lúmenes bastan para forjar la reputación de Manuel de la Cruz. Y es lástima que Sanguily no hiciera crítica o exposición de tan grande obra literaria.

Nicolás Heredia es un poco más afortunado. Sanguily hace notar que ha muerto un escritor, un maestro de la palabra escrita, un sacerdote de la literatura. Y lo mismo resalta en la necrología de José de Armas y Cárdenas.

Es oportuno decir que los dos últimos marcharon a lo desconocido después de las batallas por la independencia. El suceso era un desastre para las letras y la cultura nacionales y no para el ideal de libertad, como en los casos anteriores. La muerte de Julián del Casal y de Manuel de la Cruz eran bajas en el noble ejército, y había que deplorarlas con elegías arrebatadas. En el tiempo en que las otras sucedieron ya corrían serenos los cauces de la vida para Cuba y para el autor; ya no se convertía todo acontecimiento en un motivo más de lucha.

Y tanto los escritores, como los soldados, apóstoles y tribunos que menciona Sanguily en *Nobles memorias*, son honda y sinceramente cubanos. Tal es la sensación que deja este primer tomo, en que esta vibrante y cubanísima el alma de un gran patriota que tuvo un gran cerebro y que vivió ejemplarmente para enseñanza de sus conciudadanos y para orgullo de la Patria.

ENRIQUE GAY CALBÓ

La Habana. 1925.

Mándenlos \$ 5 y le remitiremos un ejemplar de "Nobles Memorias," tomo I de las OBRAS de Manuel Sanguily.

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los colaboradores que hallen acogida en sus columnas, opinan con suma libertad. Sin que esto implique que su editor haga propias las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

Revista Ariel

Letras, Artes, Ciencias, Misceláneas
Aparecerá el 15 y 30 de cada mes,
en cuadernos de 28 páginas.

Director:

FROYLÁN TURCIOS

Dirección y Administración:

Esquina casa Streber.

Tegucigalpa, Honduras. Centro América.

REGRESO de admirar en el Monte Saint-Michel una de esas formidables mareas que allí se producen al aproximarse el equinoccio. No me perdonarían mis lectores de *La Prensa* si yo tradujese aquí en términos literarios la emoción estética que produce



en el alma de quien lo contempla el espectáculo de esa muralla de agua, de ese batallón de olas que, con la rapidez de un caballo al galope, acude desde el fondo del horizonte y se lanza con un prolongado mugido al asalto de aquella maravilla del pintoresco arte gótico: el Monte Saint-Michel.

No me lo perdonarían, porque aquí estoy yo atado a la galera de la técnica, y las descripciones literarias, por tentadoras que se ofrezcan, me están severamente prohibidas.

Tanto más fácilmente he de consolarme, cuanto que el espectáculo de una gran marea equinoccial evoca algo más atrayente quizás que la emoción poética: el poder de la ciencia, que hoy explica de un modo admirable las menores particularidades, y hasta las más singulares, de las mareas.

Precisamente un sabio francés, mi eminente amigo A. Fichot, director del servicio hidrográfico de nuestra marina, acaba de publicar, acerca de la teoría de las mareas, puntos de vista a un tiempo nuevos, originales y sugerentes, que colocan en un plano enteramente desconocido las ideas que se tenían acerca de ese fenómeno. Desearía hoy, en la forma más sucinta que sea posible, esbozar algunos casos.

En los tiempos anteriores a Newton, casi nada positivo se sabía acerca del origen de las mareas, aunque el filósofo estoico Posidonio, cuyas lecciones escuchó Cicerón en Rodas, nos haya dejado un cuadro exacto de la concordancia que observó en las costas de España entre las variaciones diversas, mensuales y anuales, de las mareas y los movimientos de la Luna y del Sol. Así, pues, Posidonio había hallado el hilo conductor. Más tarde se vió a Galileo negar que la Luna pudiese entrar por algo en el fenómeno, lo que demuestra que los hombres más grandes son susceptibles de errar. En cuanto a la acción innegable de la Luna revelada por Posidonio, y que Escalígero atribuía a una «especie de atracción» análoga al magnetismo, que Bacon atribuía a «una tendencia» de las aguas del mar a seguir a los cuerpos celestes, que Kepler atribuía a la «virtud de atracción» de la Luna, Newton fué quien primero la indicó con precisión, sometiéndola al

¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios.=

Nuevas ideas sobre las mareas

cálculo. Fué el primero en dar de ella una expresión matemática, simple, exacta, que da cuenta de los fenómenos pasados y prevé los venideros.

Y con todo, la explicación clásica de las mareas que se da en la mayor parte de los libros es, como vamos a explicarlo, si no falsa, por lo menos especiosa.

He aquí la explicación clásica y elemental:

La parte de la superficie terrestre vuelta hacia la Luna—y en cuyo cenit se encuentra ésta—es atraída por ella más que el centro de la Tierra. Esta diferencia de atracción no produce efectos considerables, en primer análisis, sobre la corteza terrestre sólida, a causa de su rigidez, que impide que se deforme notablemente. Al contrario, el líquido de los océanos, por obedecer dócilmente a esa acción, forma una intumescencia dirigida hacia la Luna. Por igual motivo, en los antípodas del punto en cuyo cenit está la Luna, por estar los líquidos oceánicos más lejos de ella que el centro de la Tierra, son menos atraídos que éste, y forman una intumescencia simétrica con respecto a la primera, y dirigida en sentido contrario. Como la Tierra gira en 24 horas (en 25 horas con respecto a la Luna), un lugar determinado de orillas del mar encuentra, pues, sucesivamente, cada día, a las dos intumescencias susodichas. A esto se deben las dos mareas diurnas, separadas entre sí por dos bajamares, que se suelen observar.

Pero, así como observa, con mucha razón,

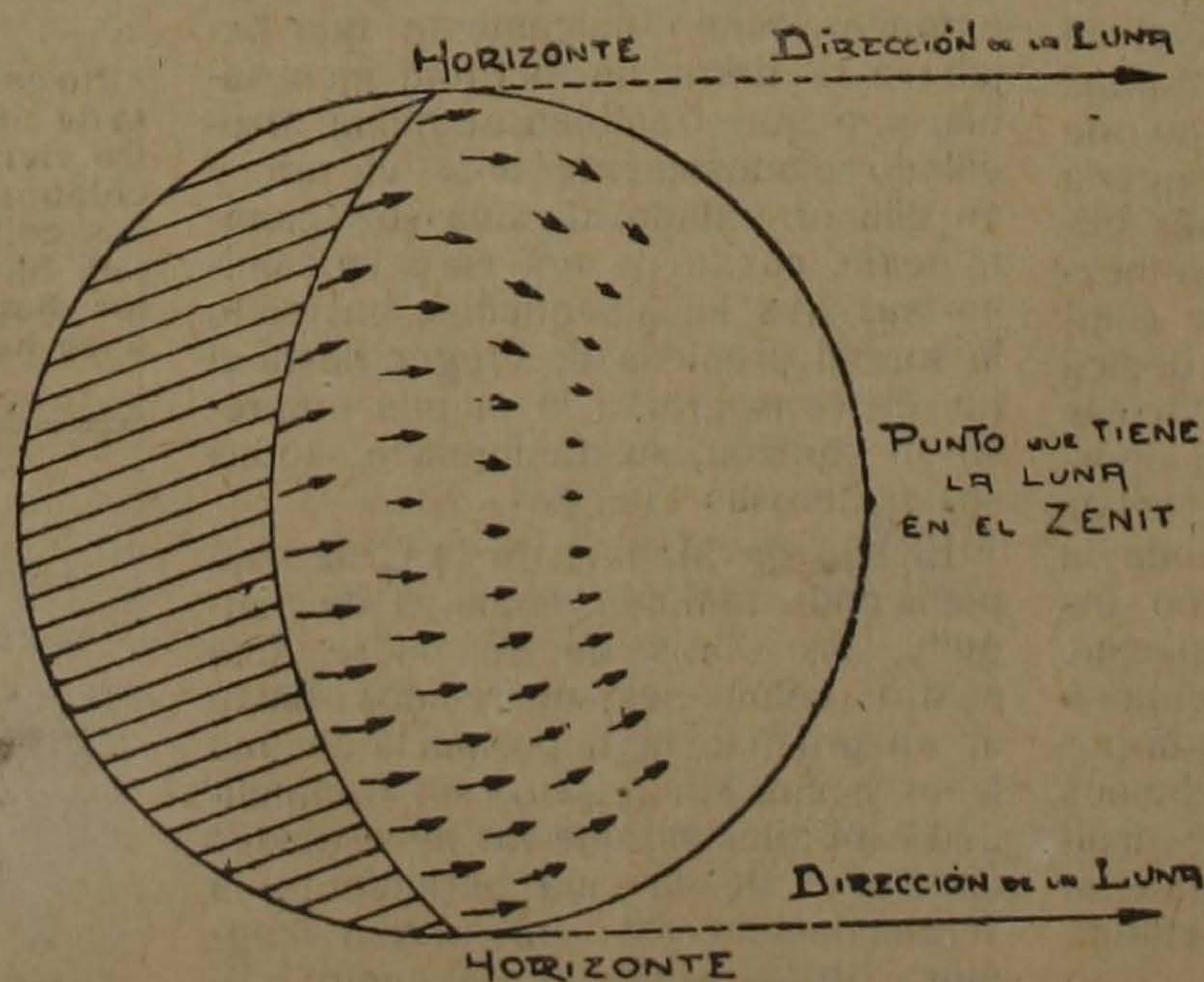
variables sucesivos que es fácil computar. Pues bien; el cálculo demuestra que entre el mayor y el menor de esos valores variables, la diferencia equivale apenas a la cincocomillonésima parte de la pesantez en la superficie de la Tierra. Bastaría con elevar medio metro sobre la superficie del suelo a un objeto cualquiera, para que, por efecto de su mayor alejamiento del centro de la Tierra, experimentase una disminución de peso equivalente al que sobre él produce en las condiciones más favorables la atracción lunar.

¿Cómo puede, pues, la Luna, que ejerce tan mínima fuerza atractiva, producir los grandes efectos que nos revelan las mareas? No puede ser mediante el mecanismo invocado por la explicación clásica, elemental y harto sencilla que recordamos más arriba. En efecto, según dicha explicación, la intumescencia de la marea se produce en el punto en cuyo cenit está la Luna, en virtud de la perturbación causada por la Luna en una dirección vertical. Supongamos un océano de una profundidad uniforme de 5.000 metros (es decir, más que la profundidad media de todos los océanos terrestres), y admitamos que ese océano cubra a todo el globo que suponemos esférico. Demuestra el cálculo que, bajo la acción de la sola componente vertical de la atracción lunar, ese océano asumiría la forma de un elipsoide alargado en dirección a la Luna, pero tan escasamente alargado que sólo existiría una diferencia «de nueve décimos de milímetro» entre la longitud del eje mayor del elipsoide oceánico, que estaría dirigido hacia la Luna, y el eje menor perpendicular.

De esto resulta perentoriamente que la explicación clásica elemental es errónea o insuficiente.

Lo que contribuye esencialmente a producir las mareas no es la atracción de la Luna sobre el líquido encima y en el cenit del cual se halla. Es, al contrario, la atracción que ejerce la Luna sobre ese líquido cuando está en su horizonte. En una palabra, no es la componente vertical, sino la componente horizontal de la atracción lunar.

Para comprenderlo, supongamos que nos hallemos en una orilla del círculo máximo que divide en la figura adjunta a



la Tierra en dos partes, y para cada uno de cuyos puntos está la Luna en el horizonte (en el momento de levantarse o de ponerse). Si partimos de ese círculo máximo (suponiendo, para simplificar, que la Tierra está inmóvil) y nos dirigimos hacia el punto en cuyo cenit está la Luna, vemos que todas las moléculas líquidas que encontramos en el trayecto, que están más cerca de la Luna que el centro de la Tierra, experimentan una atracción lunar suplementaria que tiende a moverlas «horizontalmente» en la dirección del punto en cuyo cenit está la Luna, y hacer que converjan, confluyan hacia ese punto.

La fuerza que las mueve, las impele, en esa dirección, es la componente «horizontal» de la atracción lunar. Esta provoca en el océano «corrientes horizontales» que convergen desde todos los lados y que actúan, acumulando sus efectos, sobre los 10.000 kilómetros que mide la cuarta parte de la vuelta de la Tierra. Al contrario, la componente vertical de la atracción lunar, sólo actúa y acumula sus efectos en la profundidad relativamente muy débil (unos pocos kilómetros a lo sumo) de los océanos.

De hecho; si volvemos a considerar la hipótesis anterior de un océano de 5.000 metros de profundidad uniforme que envuelva a la Tierra y calculamos la marea que en él produce la componente horizontal de la atracción lunar, hallaremos que es 600 veces más amplia que la marea debida a la componente vertical.

En resumen, la intumescencia que se produce—haciendo abstracción de la rotación terrestre—en el punto en cuyo cenit está la Luna, es causada, no por la acción vertical de la Luna cenital sino por el encuentro, por la confluencia de las corrientes de marea «horizontales» que acuden de todas partes y allí van a reunirse produciendo una inmensa hinchazón líquida.

Se comprende ahora, a la luz de estas ideas tan sencillas, por qué los mares relativamente estrechos, y sin comunicaciones suficientes con los grandes océanos, están casi enteramente desprovistos de mareas. Tal es el caso, por ejemplo, del Mediterráneo. Supongamos, en efecto, que esté la luna en el cenit del punto central del Mediterráneo. La diferencia de las acciones que ejerce la Luna en ese punto, por una parte, y en la extremidad de dicho mar, por la otra, es demasiado débil para producir corrientes horizontales capaces de crear, por su conflicto en el punto central, una intumescencia importante.

Estas nuevas ideas sobre las mareas explican otras muchas cosas y, en particular, aprovechadas por M. Harris, que aplicó a las grandes cuencas marítimas y oceánicas la teoría acústica de las resonancias, han permitido determinar con buena precisión la duración, el período de las ondas de mareas que caracterizan a cada cuenca oceánica. Se llegó así a dar cuenta, con mucha ingeniosidad, del hecho que ciertos puntos del globo, hasta a orillas de vastos océanos, sólo tengan una marea por día (y en parti-

cular en el Tonkin), mientras que en otros no las hay y en otros lugares, como son la bahía del Monte Saint-Micheel, tienen las mareas una enorme amplitud.

De hecho, la amplitud de la marea equinoccial llega a medir unos 15 metros en el Monte Saint-Michel. Solamente la superan en importancia las mareas de la bahía de Fundy en el Canadá, que alcanzan a 19 metros, y la de Puerto Gallegos, en la Patagonia, que llega a 18 metros.

Esas diferencias se deben precisamente a los fenómenos de resonancia señalados más arriba. Según correspondan las dimensiones y la forma de una bahía o de una costa o una onda cuyo período concuerde o contraríe al de la marea, se tendrá una marea reforzada o debilitada. Del mismo modo, cuando se hace vibrar un diapason, hace resonar desde cierta distancia a algunas de las cuerdas de un piano vecino y solamente a aquellas cuyas vibraciones están en concordancia, en simpatía con las suyas.

Tales son—y harto brevemente esbozadas—algunas de las ideas recientes que nos ha dado la ciencia acerca de este magnífico fenómeno de las mareas que, con su ritmo y murmullo, su flujo suspirante, que precipitan al océano hacia el cielo, para dejarlo caer luego, evoca, mejor que otro espectáculo alguno, la fluidez universal de las cosas, y los desesperados arrebatos del alma humana lanzada hacia el ideal.

CHARLES NORDMANN

(De La Prensa, Buenos Aires).

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: ... \$ 6.00 oro.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Avenida Central

Frente a la tienda Kepfer.

Estudios

Revista bimensual de estudios sociales

Organo de la Secretaría de Educación Pública de Panamá

Director Fundador:

Doctor OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

Jefe de Redacción: Licenciado MANUEL ROY

Administradores:

ALBERTO L. RODRÍGUEZ y AGUSTÍN FERRARI

Apartado de correo, N° 320, Panamá

Número suelto: un colón.

Se aceptan suscripciones en la Librería ALSINV

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo. Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Página lírica

de Alberto Masferrer

Confesión íntima

Por más que lea, escriba o hable,
yo sé que al fin he de morir
sin que ninguno a ver alcance
si soy de arcilla o de zafir.

En el secreto impenetrable
de mi inviolado corazón,
nadie leyó... ninguno sabe
si soy diamante o soy carbón...

Acaso alguno, iluminado
con la videncia del amor,
llegue a entrever el inefable
misterio que hay en mi dolor...

Ese veré, que fué la clave
de mi enigmático vivir,
todo reptil cambiarlo en ave;
todo guijarro, en un zafir!

Ese veré, que así me encharque
en el más negro lodazal,
siempre ese lodo se deshace
y se transforma en un cristal!

* *

Nadie en la vida—ni aun la madre,—
nos llega nunca a contemplar
en el secreto inexpresable
de nuestra íntima verdad.

Y es porque nadie se desprende
para internarse en nuestro yo,

de su interés ni de su orgullo,
de su amistad ni su rencor...

Cada uno quiere que a su imagen
se desenvuelva mi existir;
cada uno quiere ser la llave
de nuestra torre de marfil...

Por eso, lea, escriba o hable,
yo sé que al fin he de morir,
sin que ninguno a ver alcance
si soy de arcilla o de zafir...

* *

Mas llega el día en que la clave
del inviolado corazón,
muestra quién fué reptil o ave,
quien fué diamante o fué carbón.

Cuando mi vida ya se acabe
y me desclaven de mi cruz
(—Seren y suave como un ave
iré volando hacia la luz—),

Cuando no pueda ya mancharme,
y quede en mí sólo el cristal...
Cuando a fingir ni a doblegarme
me fueren ya ni el bien ni el mal...

Alguno habrá que a leer alcance
en mi inviolado corazón;
que fué reptil con alas de ave,
que fué diamante y fué carbón;

Pero que siempre el insaciable
afán de todo mi existir,

fué remontarme como un ave,
y relucir como un zafir...

Y en la balanza inexorable
en que pondrá mi corazón,
más gravedad tendrá el plumaje
que las escamas y el carbón.

Marzo, 23—925.

Versos

Cuando quise cantar la vez primera,
ardía en dulce fuego el corazón;
mas no brillaba en esa primavera,
del pensamiento el fulgarante sol.

Y como espera en su botón la rosa
que la despierte el beso de la luz,
ideas esperaba el alma ansiosa
para volar por el inmenso azul!

En el fatal misterio de la vida
y de la ciencia penetré después;
y fué cada jornada recorrida,
luz que la duda transformaba en hiel.

Hoy que todo lo sé, tender el vuelo
quiero otra vez por el azul confín,
y otra vez lloro el imposible anhelo,
pues ya no tengo nada que decir...

El mismo afán, idéntica pobreza;
mas, diversa la causa de las dos;
antes faltaba luz en mi cabeza;
ahora le falta luz al corazón.

Has de llegar

Por muy tarde que llegues, has de llegar, y entonces,
de toda esta cadena de anhelos y tristezas,
no quedará ni el nombre... dolor, recuerdo y nombre,
todo tu helado soplo convertirá en pavezas.

Tanto afanarse... y tanto luchar... y tanto empeño,
para decirse el día de la desesperanza,
que en esta vida, la única, la sola venturanza
es dormirse en un hondo e interminable sueño...

Has de llegar trayéndome el sueño bendecido,
y entonces, ¡oh ventura! inmóvil y callado,
sin más locos vaivenes mi cuerpo dolorido,
sin más locos delirios mi espíritu angustiado!

Y aquel sueño, ninguna locura de la tierra
vendrá a turbar... visiones de una ciencia insegura,
canibalescas glorias de la estúpida guerra,
ni monstruosas creencias que engendró la pavora;

ni añoranzas tardías de las cosas que fueron,
ni la perenne asfixia del momento presente;
ni ansiosas previsiones que nunca se cumplieron...
¡Rotos los grillos todos de la carne y la mente!

Acaso en los primeros días de sepultura
sentiré a los gusanos descarnando mis huesos,
y aquel roer, en la paz de mi prisión oscura,
será para mi espíritu como un rumor de besos...

Y serán bienvenidos aquellos salvadores
voraces, que me libren de la carne maldita;...
la que día por día me abrumó de dolores,
la que cargó a mis hombros una cruz infinita...

Después... sueño, reposo, serenidad, olvido...
Y estaré ahí, por siempre, inmóvil y callado,
ya sin nuevos anhelos mi pecho dolorido,
ya sin nuevos delirios mi espíritu angustiado...

Mayo, 1921.

Bajo la niebla

Bajo el inmenso palio, veladas por la bruma,
se arrojan las estrellas sus jabalinas de oro.
Dormita el mar... Las ondas su penacho de espuma
balancean, ritmando un resonante coro.

Agrio muro de escollos y rudos farallones,
rastrera niebla esconde bajo un sudario inerte;
envueltas en sus tenues y cándidos vellones,
la naves encontraron la traición y la muerte...

De la niebla silente el pálido sudario,
con sus aristas rígidas desgarran los peñascos,
y lanzan los alciones su grito funerario,
meciéndose en las jarcias de los hundidos cascos.

Al festín del naufragio acuden presurosos,
blandiendo sus alfanjes los fieros pez-espadas;

los rápidos delfines, los pulpos codiciosos,
los negros tiburones de fauces desgajadas.

Tajan, trituran, sorben... Colmadas sed y hambre,
juguetean en rondas tumultuosas y extrañas;
mientras flotan en torno, en fatídico enjambre,
destrozadas cabezas y lívidas entrañas.

Cesa el festín macabro... De carne y sangre ahitos,
vagando se dispersan por la extensión desierta;
y a través de la niebla que rasgan los granitos,
la luna los espía con su pupila yerta...

Dormita el mar... Las ondas su penacho de espuma
balancean, ritmando un resonante coro;
y bajo el terso palio, veladas por la bruma,
se arrojan las estrellas sus jabalinas de oro...

Noviembre

Es noviembre! Es el ruseño mes del trópico que llega -
con sus brisas olorosas, con sus hojas que revuelan;
con sus lípidas estrellas que en el hondo azul destellan,
con la vida y la esperanza que en las almas se renuevan!

¡Con qué tardo balanceo se desprende la hoja seca,
semejando las pintadas mariposas que revuelan!
¡Cómo gime cuando toca en la tierra polvorienta!
¡Cómo llora al apartarse de la amada copa enhiesta...
Ya se aleja... ya rodando, sigue y sigue la hoja seca,
susurrando tristemente la salmodia de la ausencia!...

¡Cómo ciñe la alta frente de los montes, la diadema
de las nubes argentadas que se tiñen de violeta,
cuando el sol, al despedirse, con un beso las incendia!
¡Cuál remece lentamente su guirnalda la palmera,
semejante a una custodia de esmeralda, que se eleva
al azul del firmamento...

¡Cómo alumbra, cómo tiembla,
al vaivén del aura leve y en la verde copa enhiesta,
la chiltota de oro y llamas con sus alas que chispean!...

¡Cuál matizan las campánulas con sus tonos la floresta,
cuando envuelta en oro y nácar la mañana se despierta!
¡Cómo brillan en los campos, si la noche ya se acerca,
los dorados «si me quieres», que la luz muriente besa!...

¡Luz y vida!...
Es el ruseño mes del trópico, que llega
con el himno de sus vientos que a los árboles doblegan;
con sus lípidas estrellas que en el hondo azul destellan,
con la vida y la esperanza que en las almas se renuevan!

Todo ríe, todo canta!... sólo llora la hoja seca,
que se arrastra dolorida por la tierra polvorienta...
que se aparta, que se aleja de la amada copa enhiesta,
susurrando tristemente la salmodia de la ausencia!...

ALBERTO MASFERRER

San Salvador, El Salvador.

El hombre y el perro

Es un vendedor de granos. De mediana estatura, de complexión fuerte, un poco panzudo, de tez rubicunda que acusa las frecuentes libaciones de whisky. En sus ojos pequeños y en su nariz ganchuda se advierte a las claras al hombre codicioso, con alma de mercador judío y cautela de indio zagaz en agravante contubernio.

Desde el fondo oscuro de su venta, se complace con una crueldad voluptuosa en arrojar sobre la acera de la calle puñados de granos de maíz y arroz. Del próximo tejado un vuelo de palomas caseras se abate a picotear los granos, y un gato negro en acecho, desde el umbral, se recoge con paciencia para dar el salto. En la penumbra, hierático, inmóvil, le brillan las dos puntas de sus ojos de un verde alucinante. El hombre contempla, cruzado de brazos, el ir y venir de las palomas por el empedrado de la vía, nervioso, con una visible agitación de espera. De pronto, en un salto rapidísimo, el gato cae certero sobre una cercana paloma de cuello tornasol que se debate aleteando fuertemente en una larga agonía, siendo arrastrada hacia el interior del granero. Las baldosas de la acera han quedado manchadas de tibias gotas de sangre y un reguero de plumas

irisadas vuelan por el aire como una bandada de pequeñas mariposas. El hombre se frota las manos con una viva satisfacción y hace el elogio apasionado del felino.

Yo padecí en ese momento aciago una terrible indignación que casi me ahogaba y me sentí deprimida y nostálgica ante los más generosos ideales de bondad humanas. Cavilé largo rato en el por qué nuestra alma se decide más por el instinto agresivo que por el ala libre que se remonta al espacio, por la saña despiadada de la fiera, que por la mansedumbre y candor de la paloma, y por una suerte de deducciones me dí a pensar en nuestro origen, de que el hombre es a hechura y semejanza de Dios, y una duda mortal se me hincó en el corazón como una espina.

BLANCA MILANÉS

San José, Costa Rica.
Noviembre de 1925.

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSÉ INGENIEROS Y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina

Exterior:» 5 \$ oro.

Redacción y Administración: BELGRANO 475
Buenos Aires

Suscríbase al REPERTORIO AMERICANO
y recoméndolo a sus amigos.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias
y Educación, Misceláneas
y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	\$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5 % de descuento. En el anual, un 10 %.

Miraflores, julio 4 de 1925.

Señor José León y Bueno

Muy estimado amigo:

Mé ha pedido Ud. los datos necesarios para escribir una reseña de las gestiones que llevo hechas a fin de llegar a concretar, en la reunión de una primera asamblea de los intelectuales hispanoamericanos, el vivo anhelo que hoy alienta en todos los espíritus previsores del Continente: anhelo de homogeneizar, cohesionar y coordinar hacia metas de alta política unificadora y humana las corrientes, hoy tan fuera de cauce como turbias, que han de confluir un día en la formación de nuestra conciencia colectiva.

La fina atención de Ud. contrasta significativamente con la indiferencia con que ha sido vista mi iniciativa en nuestro propio país; diferencia tanto menos explicable si se tiene en cuenta la franca acogida y el vivo interés que ha despertado en otros ámbitos.

Orígenes

En realidad la iniciativa ha estado latente en la conciencia de todos los que se han preocupado por los problemas políticos, sociales, económicos e internacionales de nuestros pueblos. Sin detallar mucho en una búsqueda retrospectiva que no intento hacer ahora, puede citarse como manifestaciones de esta tendencia, que ahora florece vigorosamente, la organización de los congresos latinoamericanos, científicos y de otro orden que luego fueron desfigurados y desvirtuados por el panamericanismo oficial dictado desde la Casa Blanca; y la organización de los congresos estudiantiles, que inició una corriente de solidaridad que ha quedado truncada por culpa del desconcierto y aún la discordia reinante entre nuestros pueblos (o mejor dicho, entre las camarillas que los gobiernan) sin que las nuevas generaciones, que bajo tan buenos auspicios se iniciaran en la acción, hayan acertado a conjurar estos males.

Después de estos fracasos, o semi-fracasos puesto que la antorcha no llegó a apagarse, no quedaba más campo abierto a la idea hispanoamericana que la labor de propagandas aisladas. Se inició así la era de los Ateneos, los centros de cultura y las revistas que amalgamaban esfuerzos más o menos bien orientados, pero siempre dispersos a impulsos de nuestro irreductible individualismo hispánico. Pertenecen a esta etapa las revistas *Hispania*, *La Revista de América* y el *REPERTORIO AMERICANO*, para no citar sino las *performances* sobresalientes. La primera de las nombradas constituyó un valioso instrumento de asociación y expansión de las aspiraciones y las ideas hispanoamericanas. Con Santiago Pérez Triana a la cabeza, un grupo de notables escritores colombianos fundó en Londres la fuerte y bien delineada revista *Hispania* que tuvo colaboradores de la talla de Unamuno, Altamira y Posada en el pleno vigor

Tres cartas de Elmore

=Solía mandarnos nuestro malogrado Elmore copia de algunas de las cartas destinadas al público que de sus manos salían con rumbo diverso. Pedía para ellas acogida en el *REPERTORIO AMERICANO*. Varias le publicamos en vida. Ahora, fieles a su memoria, editamos tres de las que nos restaban, aquí inéditas; reflejan bien los móviles generosos que impulsaban a aquel espíritu nuevo y vigilante, tronchado en flor y en hora aciaga.=

de sus facultades, mientras escritores como Sanín Cano, Enrique Pérez, Cornelio Hispano, F. García Calderón y otros hispanoamericanos de nota daban a conocer sus orientaciones convergentes. De la *Revista de América* y su eficacia como vínculo espiritual entre nuestras elites de intelectuales, nada creo necesario decirle. También Lugones, tan descaminado ahora, fundó en París una revista que se editaba en francés y que aspiraba, ya no a «organizar el pensamiento hispanoamericano» (frase que él considera ahora vacía de sentido) sino a algo en mi humilde concepto mucho más difícil: la organización del pensamiento latinoamericano con París y todo... Queda el *REPERTORIO AMERICANO*, gran semanario de cultura hispánica que dirige en Costa Rica, Joaquín García Monge, órgano por excelencia del actual movimiento, que se manifiesta cada vez con mayor hondura y vivacidad desde México a la Argentina.

Mi acción

Como miembro de las nuevas generaciones hispanoamericanas, mi pensamiento se ha desarrollado bajo la influencia de las ideas y los principios, las creencias y las aspiraciones que inspiran las labores culturales a que he hecho referencia. Muchos de los que ayer eran jóvenes maestros en este ideal de la unión iberoamericana, vivo e inteligentemente articulado, son ahora hombres en plena madurez y en todo el vigor de su producción, tales, por ejemplo, el citado Sanín Cano y otro de los más destacados colaboradores jóvenes de *Hispania*, Luis Araquistain, este mismo vigoroso polemista que me ha tendido la mano desde España para ayudarme a llevar adelante el plan que tengo estudiado. Paralelamente al de ellos se ha desarrollado y florecido el pensamiento de una multitud de hombres a quienes no podría, sin grave injusticia, ponerse a la altura de nuestros hombres de letras de las décadas anteriores (salvando, por supuesto, las escasas y conocidas excepciones). Es precisamente a impulsos de la vitalidad inexhausta de uno de esos grandes espíritus de excepción que ha tomado cuerpo mi iniciativa; me refiero a D. Enrique José Varona.

Con fecha 3 de enero de 1923 este ilustre patriarca de las letras cubanas que tantas pruebas lleva dadas de su alta concepción del papel que les toca desempeñar a los hombres de estudio en la vida de nuestros pueblos y especialmente en la for-

mación y desarrollo de sus instituciones, me dirigió una carta referente a mi libro sobre *El esfuerzo civilizador*, en la que, entre otras consideraciones, se lamentaba del aislamiento en que viven los hombres de letras en nuestros pueblos. Procediendo de un hombre como él, esa observación, que en buena cuenta era una queja, volvió a hacerme pensar con insistencia en el problema, aún no resuelto para vergüenza nuestra, de la asociación de nuestros intelectuales que en diversas ocasiones había sido formulado. En mi contestación, yo le sugería la idea de reunir en un congreso a los intelectuales de más destacada figuración en el continente. No sería de más copiar el párrafo pertinente de mi carta: «¿No consideraría Ud. oportuno reunir un Congreso de Intelectuales? Si Ud. lanza la idea estudiando el modo de evitar que se apoderen de ella los farsantes, seguramente podría realizarse. Tal vez José Vasconcelos la acogería con entusiasmo si Ud. se la propone.» Concretamente yo proponía como probables asambleístas a Antonio Caso, Vasconcelos, Lugones, García Calderón, Ricardo Rojas, Sanín Cano, Ingenieros, Zorrilla de S. Martín; sin limitar por supuesto a éstos el número de los que habrían de ser llamados. Como comentario agregaba: «¿No cree Ud. conveniente que al lado del Congreso Panamericano de Santiago llamado a perpetuar las mentiras del oficialismo sería bueno presentar unida a la intelectualidad de Hispano-América?». La respuesta del gran maestro cubano decía: «Encuentro hermoso y considero fructuoso su proyecto de una asamblea de escritores hispanoamericanos; aún cuando por mis años no me sea dable concurrir a ella. Escribiré con mucho gusto al señor Vasconcelos, sobre este asunto capital». La aprobación de Varona fué para mí como el espaldarazo del caballero. Lástima que tan generoso paladín confiara empresa tan alta a un simple escudero. Yo sabía que no tendría fuerzas para llevar adelante la hazaña, aunque cierto consejo de Gracián me daba esperanzas. Pensé que por entonces sólo Vasconcelos, en el ápice de su prestigio, podría llevar a la práctica el proyecto y le escribí en ese sentido con fecha 19 de febrero de 1923. La respuesta de Vasconcelos fué como sigue: «Contesto su grata del 19 de febrero manifestándole que sobre el asunto a que se refiere ya tenía yo antecedentes porque el señor E. J. Varona me había escrito sobre el particular enterándome de los planes de Ud., y le contesté enseguida ofreciéndole mi colaboración más entusiasta. Creo—continúa—que sería sumamente eficaz la celebración de un congreso en la forma adoptada por Ud.; estoy seguro de que en México encontraría ambiente favorable y libertad completa para celebrarlo. Por este motivo me permitiría yo sugerir que el Congreso se celebrase en México, aunque esto no es más que una sugestión, pues estoy dispuesto a colaborar en él aun cuando se celebre en cualquier otra parte de la América Latina». Como se ve, Vas-

concelos demostraba una vez más su fe y su entusiasmo para con todo lo relativo a la organización de las fuerzas espirituales de nuestra América: pero la labor misma de la organización permanecía huérfana, pues dada la posición oficial de este hombre de ideales—si los hay—no podía ocuparse directamente del asunto, y yo, en Lima... no tenía resorte alguno que mover. Poco después tuve la oportunidad de ver a Alfredo Palacios que regresaba de México y le confié mis proyectos. Desgraciadamente la oportunidad en que tuve que hablarle no le permitió conceder mayor atención al plan a medias trazado ya; pero yo estaba cierto de que tarde o temprano ese gallardo amigo de las nuevas generaciones encontraría el momento propicio para iniciar la necesaria y ya casi urgente acción. Ahí quedó el asunto en mayo de 1923.

Como yo no vivo de estas propagandas, aunque si en parte *para* ellas, las dejé en receso hasta que mi paso por la Habana, al emprender viaje a Europa, me brindó la oportunidad de ponerme en contacto con los señores Brull, Baralt, Roig de Leuchsenring, Mañach, Aznar y algunos otros jóvenes del grupo llamado «Minorista» de esa ciudad. Conversamos ampliamente sobre el proyecto y yo les ofrecí no abandonar la campaña. Ellos por su parte quedaron comprometidos a organizar con los Henríquez Ureña, los maestros Sanguily (ya desgraciadamente desaparecido), Varona y Márquez Sterling el movimiento en las Antillas (si no han hecho todo lo que se propusieron, no es culpa mía, ni probablemente de ellos mismos).

En julio de 1924 entrevisté en París con el resultado conocido a Unamuno, F. García Calderón, Eduardo Ortega y Gasset y L. Lugones. De estas entrevistas di cuenta a mis amigos de la Habana en la carta del 10 de agosto dirigida a Roig desde el «Oriana», continuando el desarrollo del tema en otra carta dirigida a Mañach el 27 del mismo mes, desde el mismo vapor. Estas dos cartas han sido publicadas en el *Mercurio Peruano*, el *REPERTORIO AMERICANO*¹ y otras revistas.

Como en esas cartas yo manifestaba, ya no era posible perder más tiempo para plantear en debida forma los problemas inherentes a la organización de nuestra cultura. La «idea panamericana» y la «idea francesa» ganaban terreno en medio del desconcierto creado entre los bárbaros y catecúmenos de post-guerra y se hacía urgente definir, por quienes estaban capacitados para ello, las orientaciones nuevas. El 21 de noviembre confirmaba Luis Arquistain, en un editorial de *El Sol* de Madrid, todas mis inquietudes y mis puntos de vista a este respecto explicando sagazmente la disidencia del señor Lugones. Pocos días después, el 25 de noviembre, lanzaba Alfredo Palacios su manifiesto a la «Juventud Universitaria de Ibero América»; manifiesto en el cual se ponía en evi-

dencia preocupaciones y anhelos idénticos a los que inspiraban mi campaña. El movimiento adquiriría un poderoso ritmo. La simultaneidad de los proyectos ideados para encauzarlo, sino tenía por qué asombrarme, puesto que era fruto maduro de las semillas ideológicas generosamente esparcidas por los maestros reconocidos de las nuevas generaciones, sí era en alto grado alentadora. Podía afirmarse que se había puesto la pica en Flandes.

Los acontecimientos políticos y sociales que se desarrollaban en España e Hispanoamérica demostraban el significativo paralelismo de nuestro desarrollo histórico evidenciando la verdad enunciada por Sanín Cano al decir que España es un país lbero Americano. Frente a las agitaciones sociales, a la inseguridad económica, y a los embolismos de la impotente diplomacia europea, crucificada por la implacable tenacidad de los embajadores de Wall Street, los pueblos y las elites intelectuales de Hispano América reaccionaron paralelamente. Todo concurría a poner en evidencia la necesidad de una cooperación intensa entre las llamadas fuerzas espirituales y surgían por doquiera organizaciones rudimentarias orientadas hacia fines aparentemente distintos pero que se complementaban a maravilla. Esto es lo que llamé «movimiento continental de los intelectuales» en mi artículo titulado *El nuevo Ayacucho*, escrito en los días del Centenario de esa gran batalla y publicado en el *REPERTORIO AMERICANO*¹ y en *Mundial*.

Por esos días llegaban a Lima Los delegados al Tercer Congreso Científico Pan Americano y algunos hombres notables invitados por el Gobierno para las fiestas que se organizaban. Tanto la celebración del Centenario como la cacareada confraternidad panamericana de los congresantes tenían un inocultable sello de sarcasmo. Aquello fué, digámosle sin ambages, una jarana indecorosa. No detallaremos esto.

Entre los invitados del Gobierno que no tuvieron inconveniente en asistir a los festejos venía Lugones. Al encontrarle en el Callao cuatro meses después de haber conversado con él en París sobre mi proyecto, le hice notar como quedaba prácticamente anulada la objeción de las distancias, una de las más importantes opuestas por él, a mi plan que insistió en calificar de quimérico. No obstante esa actitud verdaderamente curiosa, pocos días después se reunían en Lima en casa del Ministro de la República Argentina algunos periodistas y hombres de letras de los de más figuración entre nosotros dejando organizado el Comité Peruano de Cooperación Intelectual correspondiente al de la Liga de las Naciones del cual era miembro el Sr. Lugones, actuando en esta fundación en su calidad de tal. Resultaba, pues, con asombro de mi buena fe, que quien había negado la posibilidad de reunir en un congreso libre a los intelectuales iberoamericanos aparecía

sentando las bases para una organización no cien sino mil veces más complicada. Ignoro qué labor práctica haya realizado el Comité dejado por el poeta.

Yo, por mi parte, sin dar mayor importancia a esa organización que por su propia índole y constitución tenía que resultar estéril, realicé algunas gestiones cerca de don Antonio Caso y don José León Suárez, las dos figuras más representativamente nuestras entre las que se encontraban en Lima por aquellos días. Con su cooperación entusiasta y la ayuda de Luis Baralt, que también se encontraba en Lima, dimos los primeros pasos para interesar en el proyecto al mayor número de los hombres de estudio, que estando aquí reunidos simpatizasen con él. Después de algunas conversaciones preliminares, en un almuerzo al que, invitados por mí, concurrieron los señores Caso, Suárez, Baralt, Irigoyen, Ulloa y Neuhaus Ugarteche, se discutió ampliamente, en líneas generales el plan preliminar, que para la anhelada organización yo proponía y se acordó invitar a una nueva reunión para pocos días después. La segunda reunión tuvo lugar en el Hotel Bolívar quedando aprobadas las primeras bases y conviniéndose en invitar públicamente a una reunión más amplia. La invitación para esta reunión definitiva y, que, como se ve, no tuvo carácter de círculo cerrado, fué concebida en los siguientes términos:

«Los suscritos designados en comisión por un grupo considerable de hombres de estudio actualmente congregados en Lima, a fin de analizar el plan de organización de un Congreso Ibero-Americano de Intelectuales, juzgan conveniente citar a una nueva reunión, con el objeto de contemplar los diversos aspectos de esta iniciativa evidentemente necesaria e importante.

Con este motivo, y para dejar debidamente consultados y convenidos los primeros pasos conducentes a la realización del Congreso, antes de que las personalidades de eminente significación que hoy se hallan en Lima vuelvan a sus hogares, nos complacemos en citar a la referida reunión que tendrá lugar en el H. Bolívar el día martes 30 del presente a las 10 a. m., a las personas que simpaticen con esta iniciativa, sobre cuya utilidad y significación los suscritos creen innecesario hacer hincapié.»

Esta invitación fué firmada por los señores J. L. Suárez, A. Caso, E. Garzón, L. A. Baralt, Z. P. Irigoyen, A. Ulloa y por mí, se publicó como aviso en *El Comercio* de Lima. A esta última reunión concurrieron los señores H. D. Barbagelata, R. Bustamante Cisneros, A. Caso, Edwin Elmore, V. Gay, E. Garzón, J. Gálvez, M. Iberico, P. Irigoyen, Ramón Mena, L. Jiménez de Asúa, P. Morales de la Torre, Leopoldo Ortiz, F. Sánchez de Fuentes, Eladio Velásquez, L. E. Migone, L. E. Valcárcel y otros. Expuestas por mí las líneas gene-

¹ Véanse los Nos. 6, 11 y 24 del tomo X.

¹ Véanse los Nos. 18 y 19 del tomo IX.

rales del plan después de breve conversación en la que los señores Caso, Gay y Jiménez de Asúa demostraron la gran utilidad del proyecto, merecieron ser aprobadas y para dar los primeros pasos hacia su realización se tomaron los siguientes acuerdos: 1) Integrar la Comisión Peruana Organizadora encargada de perfeccionar el plan, con los señores J. Gálvez, M. Iberico, E. Elmore, P. Irigoyen, P. Morales de la Torre, A. Ulloa y R. Bustamante. 2) Enviar una circular exponiendo el plan y las gestiones realizadas en Lima, a los principales periódicos y revistas hispanoamericanos, 3) designar corresponsales encargados de llevar a su término las gestiones necesarias para la organización definitiva de la primera reunión internacional.

Como Ud. ve, las cosas marchaban por buen camino. [El éxito posterior sólo dependía del mayor o menor entusiasmo con que se trabajase en las labores indispensables para la organización, y yo estaba tan bien impresionado por el resultado de las reuniones del H. Bolívar que me animé a emprender viaje a Buenos Aires para continuar en esa ciudad los trabajos iniciados. No puedo dejar de confesarle que en buena parte me engañaba. Si el esfuerzo que para mí significó el viaje a Buenos Aires hubiera sido compartido, siquiera en mínima parte, si no por todas por algunas de las personas que me acompañaron en las gestiones preliminares, hoy el Congreso estaría en vías de realizarse. Desgraciadamente entre nosotros el espíritu de cooperación para esta clase de obras es rudimentario. Aparte de las gestiones oficiales, tan deficientes en todo sentido en nuestros pueblos, todavía no se concibe la iniciativa privada en toda su significación e importancia y menos si esta iniciativa trata de desenvolverse en campos ajenos a la política militante y desvinculada de todo interés de círculo. El caudillismo político y la compadrería literaria han absorbido lastimosamente las energías y la atención de nuestros mejores cerebros y nuestras mejores voluntades. Fuera de la combinación de esfuerzos y valores personales con finalidades más o menos inmediatas, siempre en conexión disimulada o no con la cosa pública, o más crudamente dicho con el Presupuesto Nacional, siempre bajo el régimen utilitario de un *do ut des* poco confesable, la adición particular ha sido invariablemente mal comprendida. En todo lo que se refiere a la cooperación con fines desinteresados tenemos aún que aprender el A. B. C. No me extraña, pues, que careciendo como carezco del don de simpatía personal o de sugestión en que se ha basado siempre nuestro proselitismo, haya estado yo lejos de poder ejercer el papel de profeta en mi propia tierra, aunque en este caso no hay en realidad mucho que profetizar, puesto que se trata de cosas por todos conocidas y esperadas. Lo que sí es de lamentar es que aún no hayamos aprendido los escasos hombres que aspiramos a merecer el epíteto de cultos, en

estas zonas, las reglas elementales que sirven para regir las relaciones sociales. Digo esto—y es un reproche formal que hago a mis amigos y compañeros de labor—porque parece que no se dan cuenta exacta de lo que significan los compromisos adquiridos para emprender y continuar una campaña como la que yo inicié. A este respecto es necesario que cada uno de nosotros se proponga reaccionar, adquiriendo hábitos de mayor seriedad, consecuencia y hasta lealtad en el cumplimiento de sus compromisos; de otro modo seguiremos siempre en la incapacidad de emprender ninguna obra de verdadera importancia y responsabilidad, por falta de confianza en quienes están llamados, y en cierto modo obligados, a colaborar con nosotros. No por no constar en reglamentos que no pueden existir tratándose de cosas que están por crearse, las obligaciones y las responsabilidades han de ser menos estrictas. La negligencia con que estamos acostumbrados a ver las obligaciones que es necesario imponerse para llevar adelante empresas como la que me ocupan es fatal para éstas.

Con la conciencia de todo esto, aunque nunca creí que me dejasen tan solo, emprendí mi viaje a Buenos Aires partiendo del Callao el 8 de enero en el vapor «Santa Luisa» en el que también viajaban Raúl Orgaz, Alfredo Colmo, J. L. Suárez, Ricardo Levene y Sarmiento Laspiur con quienes me interesaba conversar acerca de mi proyecto. Pensé avanzar durante el viaje en esto de conquistar voluntades tan apáticas como demuestran ser las de los intelectuales latinoamericanos, sin perjuicio de quejarse luego de lo poco que se les considera y de los atropellos, postergaciones y persecuciones de que son víctimas. En verdad, aparte del Dr. Suárez, que ha dado muestras de una actividad y una energía poco comunes, mis compañeros de viaje no demostraron mayor simpatía por los planes que les dí a conocer. Orgaz como buen cordobés, une a la indolencia un poco escéptica tradicional de los criollos la sutil ironía en que esta actitud se encastilla. Colmo, hombre ya formado en bloque macizo, no pertenece a la clase de personas que prestan apoyo de pronto a una iniciativa sea ella cualquiera; es, dicho sea con todo respeto, un poco tardo en la reacción favorable o adversa; Levene había propuesto, según me dijo, un proyecto de congreso inter-universitario; no quería saber nada (lo comprendí) de iniciativas como la mía, nacidas al margen de todo oficialismo; Sarmiento Laspiur es de los que creen, en parte como Lugones, que todos los países americanos deben seguir su desarrollo independiente pasando por idénticas etapas de saneamiento espiritual y progreso material, posee, con la atenuante de una cordial franqueza para manifestarlo, ese orgullo que hace creer a los argentinos en la posibilidad de una hegemonía política de su país. No obstante esto fué él, Sarmiento, quien me presentó a Sánchez Via-

monte en Valparaíso. Ya Sánchez Viamonte es otra cosa. Desde la primera conversación que sostuve con él me produjo la impresión de ser uno de los hombres destinados a propugnar nuestra gran causa. Fué la primera señal favorable a mi idea que encontré en esa peregrinación. Su charla franca y entusiasta, despojada de dobleces, animada por la vehemencia de un mensaje cuya belleza y urgencia se sienten mejor de lo que puede expresarse, fué un verdadero tónico para mi optimismo un tanto decaído y más cauteloso que el suyo. Si la subida en Antofagasta de H. D. Barbagelata al barco en que navegábamos me hizo pensar en la iniciación de una era de intenso intercambio y noble actividad entre nuestros intelectuales, antes tan ajenos a la vida activa, conformes con su papel de solitarios roedores de biblioteca más o menos gruñones y envidiosos, ya el encuentro con Sánchez Viamonte, que viajaba hacia Lima con misión idéntica a la mía, desvaneció todas mis dudas. El intelectual de acción, el hombre que quiere y puede vivir a tono con las ideas de su tiempo y no se conforma con mascullarlas más o menos rencorosamente en un oscuro rincón; el hombre que no quiere tolerar que la jactanciosa solidaridad de los mediocres postergue indefinidamente los mejores frutos de su inteligencia, es ya un tipo generalizado entre nosotros. La era de los «ilustres doctores», de los solemnes, inmutables y herméticos Pachecos ha pasado; también ha pasado, aunque muchos no quieran creerlo, la era de los coroneles doctores y de la explotación del nombre de la cultura por las camarillas de políticos más o menos insensibles a las solicitudes ideales que han hecho en todo tiempo del estudio y de las letras el refugio de la verdadera vida espiritual de los pueblos. Lo que a esto respecto ha pasado y está pasando en España, México y Chile es altamente significativo. Hemos asistido y estamos asistiendo a una lucha tenaz entre la conciencia viva y despierta de los pueblos y las oscuras fuerzas de retrogradación que en todas partes hoy en el mundo se están batiendo en retirada.

Visitar Buenos Aires con pensamientos y preocupaciones de esta especie no es lo mismo que ir a la gran ciudad a admirar las pompas locales de un capitalismo de importación y exportación, oleaje arrollador y estéril de intereses que si bien tienen la virtud de arrastrar tras de sí aún a las más puras voluntades, nada tiene de común con la médula verdadera de la nacionalidad. Al lado de las agitaciones políticas y sociales de Chile, el tranquilo desenvolvimiento de la vida civil argentina es prueba de que las arterias institucionales de ese gran pueblo son todo lo anchas y flexibles que se necesita para que las energías humanas se desenvuelvan con plena libertad; o, de no existir este saludable estado anatómico, habría que atribuir el fenómeno a la morigeradora preponderancia de los elementos extranjeros. Mucho me temo que

ésta segunda hipótesis sea lo más cercana a la verdad. De otro modo no se explicaría la actitud un tanto azorada y perpleja de algunos de los hombres representativos del pensamiento argentino, y, la más definida y por esto—hay que reconocerlo—más meritoria actitud de un hombre de la importancia de Lugones a quien hacen mal muchos de los nuestros en poner a la altura de ciertos conocidos histriones de nuestra literatura. Es acaso la más notable diferencia que puede establecerse al comparar los ambientes intelectuales de Chile y la Argentina la que se refiere a la mayor o menor distancia que media entre la mera actividad intelectual y la acción política. Mientras en la patria de Lastarria la juventud y el pueblo vigorosamente unidos impulsan a una intervención decisiva en la política a los intelectuales, en la Argentina, al menos a mi llegada, reinaba, excepción hecha de reducidos círculos, un estado general de indecisión.

No cabe en esta carta, que iba ser una breve reseña y me está resultando un largo informe, penetrar más a fondo en estas referencias que reservo para otra oportunidad. Aquí me basta con decirle que la ponderada actitud de la mayoría de los intelectuales argentinos dignos de ser considerados, es favorable a nuestras tendencias igualmente alejadas de todo sectarismo de última hora. Después de mis conversaciones con los hombres ya maduros y los jóvenes de las nuevas generaciones que fraternizan en el Plata en el empeño, si arduo, no imposible, de orientar el desarrollo de nuestra cultura, cuajando en nuevas instituciones normativas nuestras convicciones y anhelos, puedo afirmar que en Buenos Aires existen energías suficientes para centralizar las corrientes de este movimiento. El sectarismo, que va haciendo cada vez mayor número de víctimas entre los hombres inteligentes, es lo único que podría destruir en germen la organización del vigoroso núcleo que ya ha empezado a plasmarse con la creación de la «Unión Latino Americana». Desde mi llegada a Buenos Aires, en la segunda quincena de Enero, me he hallado en contacto con los forjadores de este instrumento tan necesario a nuestra acción espiritual y no he sido ajeno a la formación del mismo. Nacida de la concentración de esfuerzos que habían permanecido aislados, esta agrupación importa ya el reconocimiento—y lo declara así en su programa—de la necesidad de una acción general bien organizada. Durante mi permanencia en Buenos Aires, y últimamente he insistido ante ellos en la necesidad de concretar prácticamente todas las aspiraciones que han inspirado esta organización en la convocación del Congreso proyectado por mí. Sobre este punto han existido algunas divergencias, porque a raíz del manifiesto citado de Palacios, no se si antes, había surgido la idea de reunir en un congreso, con caracteres distintos a los que hasta ahora se han realizado, a las juventudes universitarias del Continente. Sería

algo así como una gallarda respuesta de la conciencia juvenil al llamamiento oportunísimo del Dr. Palacios. La llamada «nueva generación argentina», de cuya existencia y vigor mental creo que no puede dudarse, mantiene una justificada, pero en mi concepto excesivamente severa, actitud de crítica ante los hombres de las décadas anteriores. No he observado entre los jóvenes que sobresalen en este movimiento nada que indique un especial afán—que sería necesario—por salvar y avalorar eficazmente las fuerzas espirituales preexistentes a su advenimiento. Antes bien, como lo manifestaba en una de mis cartas dirigidas desde Buenos Aires a Roig (carta que ha aparecido en REPERTORIO AMERICANO) existe un manifiesto desapego de parte de los «nuevos» para con los «viejos». Allí también el *slogan* tan repetido entre nosotros pero nunca llevado realmente a la práctica, según el cual los viejos deben ir a la tumba y los jóvenes a la obra, era el grito corriente si bien no concretado en la forma lapidaria que le diera nuestro González Prada. Hablarles, pues, de «mezclar» en una asamblea a hombres como Vasconcelos y Casó con García Calderón y Zorrilla de S. Martín, Varona e Ingenieros con Sanín Cano y Ricardo Rojas, etc. era presentarles una perspectiva hacia el pasado en la que sólo uno que otro punto luminoso adquiriría las apariencias de faro proyectado a lo porvenir. No!—era la protesta inmediata—con esos hombres no se puede cooperar! Y esto lo decían muchos de los «nuevos» que al paso que conocían algunas excusables pequeñeces de los maestros, al fin mortales, de su propio país ignoraban por completo la alta dignidad moral e intelectual de hombres como Varona. Con criterio semejante, en cuyo análisis no es necesario que me detenga, no se podría llegar sino a lo de siempre: la constitución de un nuevo cenáculo más o menos chisporroteante mientras durase el fuego de los veinte a los cuarenta años y luego las consabidas cenizas del fracaso en la impotencia, las claudicaciones y la vergonzosa servidumbre de los cincuenta años más o menos gloriosos pero también más o menos prostituidos.

Sobre esto de la continuidad en el esfuerzo creador y el mutuo apoyo que se deben las generaciones se ha discutido algo con motivo de la tesis brillantemente expuesta por Ortega y Gasset, con el pensamiento puesto en la Argentina, según parece, en *El tema de nuestro tiempo*. El comentario de Amaya, uno de los nuevos de más aquilatado valor y de más constante acción, a ese trabajo suscitó una respuesta de Ortega y Gasset muy significativa al demostrar cuánto le interesa al gran pensador español el movimiento cultural de nuestra América. Posteriormente el conocido nuestro y notable maestro de la Universidad de Córdoba, Raúl A. Orgaz (que no comulga con todas las novelorías, ni comparte el criterio a rompe y rasga de alguno de los nuevos) ha escrito una notable refutación

de algunos de los puntos de vista del maestro español, refutación conveniente, en mi concepto, para definir al margen de vanas ilusiones el proceso creador y continuo de la cultura a través de las generaciones. En suma, el hecho es que parece hacerse necesario realizar un trabajo previo de persuasión para llevar al convencimiento de muchos la necesidad de eso que como Ud. sabe, Eugenio d'Ors llama la «santa continuidad». Mientras tanto, el Congreso queda postergado hasta que vengan tiempos (si es que llegan antes de que una catástrofe no del todo inesperada nos suma en la impotencia) en que adquiramos hábitos de sociabilidad más tolerante y comprensiva en la obra social y solidaria por excelencia, de la cultura que es necesario defender más que nunca en estos tiempos en que todos los sectarismos parecen afanados en eclipsar los resplandores espontáneos de la inteligencia.

No obstante esas discrepancias, las dificultades que no me he detenido a referirle, mi posición sigue siendo afirmativa en cuanto a la urgencia actualísima y permanente de crear un organismo capaz de regular el funcionamiento y desarrollo de nuestro espíritu colectivo. Si hay quienes niegan la existencia misma de este espíritu colectivo concebido en toda su amplitud como la actualización cada día más evidente de las potencialidades de la raza hispánica (cosa que por sí misma sería digna de estudiar en las proyectadas asambleas y que demandaría para su elucidación investigaciones que hasta ahora sólo se han hecho fragmentariamente y sin plan armónico preconcebido) también es cierto que todo anuncia en nuestro tiempo la necesidad de resolver definitivamente esta cuestión que a veces suele plantearse no por puro respeto a la realidad histórica sino por motivos de política utilitaria ajenos a las finalidades de la cultura y con demasiada frecuencia opuestos a los verdaderos y altos destinos que a todas luces nos reserva el porvenir. Tan es cierto esto que mientras con el bizantismo, el verbalismo y el miope localismo de que aún no hemos podido curarnos, discutimos la posibilidad de concertar un amplio plan de acción común o siquiera de la definición de las grandes orientaciones que convienen a nuestros pueblos en la hora presente, la cosa propuesta, en sí misma, se realiza por manera espontánea y en consecuencia sin toda la eficacia que podría obtenerse de ella. Me refiero al hecho de haberse reunido en París algunos de los intelectuales de quienes siempre se ha hablado como probables miembros del proyectado Congreso. En efecto, hallándose en París Unamuno, Vasconcelos, Ingenieros, M. Ugarte, Eduardo Ortega y Gasset y otros intelectuales de alta responsabilidad moral, no bien se les ha presentado una oportunidad se han juntado para adoptar una actitud solidaria frente al imperialismo oficial de la gran plutocracia norteamericana. Si se tratase de una cuestión incidental no habría por

qué exigir más de éstos u otros hombres representativos y forjadores de la conciencia de la raza (dándole a esta palabra su sentido evolucionado). Pero el hecho es que la realidad misma de cada día está demostrando la divergencia no sólo de tendencias, aspiraciones y motivos que impulsan el desarrollo actual de todos los pueblos que integran la gran comunidad hispánica, frente a los poderes plenamente desarrollados (y ya en condiciones de oponerse a toda reforma) que presiden la expansión de nacionalidades que nada han hecho para armonizar con las nuestras, o mejor dicho con la nuestra (porque entre nosotros no cabe más nacionalidad que la del hispano-americanismo) las finalidades humanas de su cultura, salvo ensayos de carácter particular que nada tienen que ver con las gestiones oficiales.

Otro caso que pone de manifiesto la espontaneidad vivaz con que se están produciendo estas situaciones que exigen una organización en forma, es el que nos ofrece la última y reciente actuación del eminente decano de la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires, doctor Sáenz, en España. Quienes conocen todas las incidencias promovidas en torno a las lecciones dictadas en la Universidad de Madrid por este ilustre maestro argentino no necesitan gran penetración para comprender cuánto de sintomático que revela una situación general permanente ha habido en el caso particular señalado. Los rozamientos de la inteligencia libre con el poder político predominante son ahora frecuentes, y éste del Dr. Sáenz enfrentando la libertad de su pensamiento al autoritarismo del Directorio es semejante al producido en Estados Unidos con ocasión de la visita de Bertrand Russell a las Universidades, en abril del año 23, con la sola diferencia de que si bien producían profundo disgusto las declaraciones del pensador en las círculos serviles del oficialismo, nadie osó como en España, intentar coactar su libre emisión.

Habiéndome extralimitado en hacer consideraciones que no pensé incluir en esta carta, omito referirme mayormente a las gestiones realizadas por mí en Montevideo y Córdoba. Le diré solamente que en el Campamento Internacional de Pirápolis donde me reuní incidentalmente con mis muy estimados amigos Mackay, Beltroy y Arca Parré, tuve oportunidad de exponer suscitadamente mi plan a un grupo bastante numeroso de jóvenes argentinos, uruguayos, brasileños, chilenos y de otros países sudamericanos y que en el mismo Campamento conversé ampliamente sobre el mismo tema con el notable publicista y educacionista argentino Ernesto Nelson y con el no menos notable propagandista de la Y. M. C. A. señor J. Navarro Monzó, conocido nuestro. En Montevideo expuse mi plan a los señores Rossi, Fregoni, Zorrilla de San Martín, Prando, Zum Felde, Rodríguez Pintos, Eduardo Ferreira y un buen número

de jóvenes universitarios y de otros círculos, quedando muy bien conocido el proyecto en la capital uruguaya. En Córdoba mi permanencia fué muy corta, pero, en cambio, estuve en contacto con algunos de los hombres de más prestigio entre las gentes nuevas: Enrique Barros, Gregorio Bermann, Martínez Paz, Orgaz y el Director de *La Voz del Interior*, periódico que como *El Imparcial* de Montevideo, *La Razón* de Buenos Aires y *Nosotros*, acogió con mucha simpatía la iniciativa.

Con la cordialidad de siempre soy de Ud. amigo y S. S.,

EDWIN ELMORE

En la próxima entrega saldrán las dos cartas restantes.

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos, ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

Revista de Oriente

Organo de la Asociación Amigos de Rusia

\$ 0.10 el ejemplar.

Subscripción anual \$ 1.00 oro.

Sarmiento 2616. Buenos Aires

Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina Internacional Del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América,

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales

Número suelto: 2 pesetas.

Diríjase la correspondencia de redacción y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.

Dirección telegráfica: INTERLAB, Madrid.

Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias Sociales y Letras

Director: VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

Número suelto Un Sol

Lima, Perú.

Suscríbese al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

B. Sanín Cano: <i>La civilización manual y otros ensayos</i>	4.00
Horacio Quiroga: <i>Historia de un amor turbio</i> (novela).	4.00
Rodolfo Otto: <i>Lo santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios</i>	5.00
Luis López de Mesa: <i>Iola</i>	1.00
José M. ^a Chacón y Calvo: <i>Hermitaño Menor</i>	1.00
J. Vasconcelos: <i>Artículos</i>	1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos).	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones</i>	1.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> (novela)	3.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Hugo de Barbagelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosistas uruguayos).	7.00
Kahlil Gibran: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerdard: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta).	6.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta).	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Esquilo: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	2.00
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora sedienta</i>	3.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	2.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: <i>Elogio de Leonardo</i>	1.00
Paul Gerdard: <i>Tú y Yo</i>	1.00
Luis Cané: <i>Mal estudiante</i>	4.00
José Martí: <i>Versos</i>	1.00
Savitri, episodio del Mahabharata.	1.00
Equivalencia: ₡ 4 = \$ 1. oro am.	